

TRANSFORMACIONES EN EL MERCADO
DE FUERZA DE TRABAJO
Y NUEVAS CONDICIONES PARA LA PROTESTA
DE LOS ASALARIADOS AGRÍCOLAS

VÍCTOR RAU*

Introducción

PARTIMOS DE LA OBSERVACIÓN de un fenómeno novedoso: la emergencia del proletariado agrícola cosechero de yerba mate¹ como sujeto de protesta y movilización. Identificamos los aspectos de la configuración actual del mercado de trabajo transitorio para la cosecha yerbatera que constituyen las condiciones de posibilidad para la aparición de aquel fenómeno. La indagación acerca de las motivaciones para este tipo de acción colectiva ha supuesto un intento por comprender los modos que asume la existencia y reproducción del sector de obreros rurales cosecheros de yerba mate y su relación con los cambios recientes experimentados por el mercado de trabajo en el que participan. El carácter de la protesta también nos remitió a las expe-

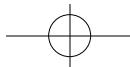
* Sociólogo, Instituto Gino Germani, UBA.

1 La yerba mate es una planta arbórea originaria de lo que hoy constituye el territorio de Paraguay, Nordeste de Argentina y Sur de Brasil -misma región donde actualmente se la cultiva. Con sus hojas se hace una infusión muy difundida en el Sur de América, de propiedades tónicas, estimulantes y diuréticas.

RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

riencias, conocimientos y otros recursos acumulados por los cosecheros a la hora de emprender la reivindicación pública de intereses comunes, así como al problema de la constitución de la identidad social asumida por sus protagonistas. En términos generales, el carácter de las relaciones en que están inmersos los cosecheros de yerba mate en sus mundos de vida, y las experiencias de lucha previas de la fracción que integran, pueden ser considerados como los grandes determinantes de las formas que asume la protesta social. En el primer sentido, debe tenerse en cuenta su condición de obreros agrícolas residentes en áreas periurbanas o rururbanas pero que, en su mayoría, habitó en el campo durante gran parte de su vida. En cuanto a las experiencias de lucha previas, en la primera parte del trabajo veremos que, si bien la historia de esta fracción social no se halla exenta de acciones de resistencia a la opresión y de enfrentamientos sociales, ellas aparecen ahora asumiendo nuevas formas, expresando la existencia de cambios cualitativos que irrumpen en el presente. En abril y mayo de 2000 una parte del proletariado agrícola misionero se identificó como *tarefero*² e intervino en el conflicto abierto entre la pequeña burguesía agraria y la burguesía industrial yerbatera. Atendiendo a la naturaleza de esta intervención, tomamos el acontecimiento como punto de partida del período específico que interesa a este estudio. Exponemos las circunstancias en que se produce la movilización de los obreros y la índole de su participación en aquel conflicto para identificar las experiencias allí adquiridas y reconocer cómo se reactualizan y acrecientan durante las protestas que esta misma fracción social protagoniza en octubre y noviembre del mismo año, y durante el año siguiente. Consideraremos a las protestas identificadas en el año 2000 como parte de un primer ciclo, y a las del año 2001 las incluimos en lo que llamaremos segundo ciclo de protestas. La reciente emergencia de este sujeto de protesta se produce en el marco de un proceso de transformaciones que tiende a afectar no sólo la configuración del mercado laboral, sino también otros importantes aspectos estructurales del complejo agroindustrial en su conjunto, proceso que establece condiciones de posibilidad para la apertura de un período de conflictividad que involucra a los principales sectores sociales que

2 En la región se conoce como *tareferos* a los obreros que trabajan en la cosecha de yerba mate. Esta voz deriva del vocablo *tarefa* que es el nombre aplicado a la cosecha de la yerba mate. En portugués "tarefa" significa "tarea, obra que se debe concluir en tiempo determinado, trabajo que se hace por empresa o a destajo".



VÍCTOR RAU

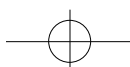
dependen económicamente de la actividad yerbatera. Tendremos que plantear también los principales elementos que determinan la apertura de la actual coyuntura de conflictividad, reconstruyendo sucintamente el proceso histórico que desemboca en ella, para luego profundizar en el análisis de la situación de los obreros agrícolas. De otra parte, cabe advertir que en todo caso enfocamos nuestra atención sobre el proceso de surgimiento de un fenómeno inconcluso, iniciado hace poco más de un año y medio, razón por la cual en este estudio, que acaba de escribirse a mediados de noviembre de 2001, no podrá concebirse sino como un desarrollo abierto a posibilidades, en el que los elementos que constituyan su sentido último acaso aún no hayan terminado de manifestarse.

Las protestas

Hemos afirmado que las protestas recientes protagonizadas por asalariados agrícolas yerbateros constituyen un fenómeno novedoso. Por lo tanto, y aunque no se haya escrito aún la historia del movimiento obrero de Misiones, tendremos que delinear aquí los grandes rasgos históricamente asumidos por la conflictividad proletaria en la región. Pero debido a que la serie de protestas obreras recientes abreva en importante medida en las experiencias de movilización que surgieron a partir de la apertura del conflicto entre el sector de pequeños y medianos productores primarios y los grandes industriales yerbateros, también describiremos brevemente la estructura y el desarrollo de esa confrontación. Nos ocuparemos de la intervención de los cosecheros en la misma y de las características asumidas por sus posteriores manifestaciones de protesta. Al final del apartado proponemos la construcción de una categoría sociológica representativa de la fracción social que se moviliza asumiendo la identidad de los *tareferos*.

Esbozo para una historia de la conflictividad obrero-rural yerbatera en Misiones

Las modalidades semiesclavistas de sometimiento y explotación de la fuerza de trabajo nativa durante el primer avance del capitalismo en la región hacia fines del siglo XIX son bastante conocidas merced a la legendaria figura de los “*mensú*” sobre la que nos hablan obras litera-



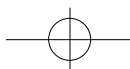


RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

rias y ensayos de denuncia cargados de poesía. En el ámbito académico se conoce aquel sistema productivo y modelo de ocupación del espacio territorial como Frente Extractivo, tributario del capitalismo hegemónico pero que opera con mecanismos precapitalistas en sus relaciones de producción (Abínzano, 1996; Jaume et al., s/f). A los efectos de nuestro trabajo cabe señalar solamente que durante este período el sistema de producción que avanza sobre la región necesita crear un mercado de trabajo allí donde no existe institución semejante, y utiliza para ello medios extraeconómicos. La metodología adoptada en este caso es una variante del “peonaje por deudas” con retención forzosa de la mano de obra en los lugares de trabajo. Se utilizan modalidades de “enganchamiento” para apropiarse de la capacidad laboral de una población nativa que carece totalmente de las nociones propias de una economía monetaria.

Al endeudamiento atribuido con o sin base real sigue el reclutamiento compulsivo. Nuevos contingentes de nativos provenientes de tribus aborígenes y familias campesinas de la región –de los actuales territorios de Corrientes, el Paraguay, la propia Misiones y luego también del Brasil–, así “enganchados” en los centros de reclutamiento, son embarcados a fuerza de látigo y/o amenazas de prisión hacia el Alto Paraná, donde “la deuda contraída”, y con ella la obligación de prestar trabajo, se prolongan sin término fijo, a través de las nuevas “cuentas” contraídas ahora con la proveeduría de la empresa. En el Alto Paraná las empresas extractivas crean, junto con sus precarias instalaciones, sistemas privados de justicia, castigos, control y vigilancia al margen del poder político formal.

En rigor, aún no funciona un verdadero mercado de fuerza de trabajo. El trabajador no vende su capacidad laboral con vistas a la paga, y tampoco es libre de romper el contrato laboral. Ello se expresa claramente en las formas que adopta la resistencia de los trabajadores durante este período. Su modalidad típica son las “fugas”. Todavía en el informe de José Elías Niklison sobre la investigación realizada por encargo del Departamento Nacional del Trabajo en 1914 (Niklison, 1914) se hace mención de las numerosas fugas e intentos de fuga de trabajadores en el Alto Paraná. Más propias de esclavos que de asalariados, estas modalidades de resistencia abundaron desde el principio en los obrajes y yerbatales de la región. En la mayoría de los casos se trataba de fugas individuales o en pequeños grupos de trabajadores que se internaban en la selva y eran perseguidos por capataces al frente de “comitivas” armadas para darles

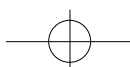


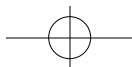


VÍCTOR RAU

caza. Pero en otras pocas ocasiones se registraron verdaderos “alzamientos” –motines– de la población trabajadora. El aventurero francés Jules Huret recoge, en su paso por la zona, el siguiente testimonio de época: “De cuando en cuando intentan fugarse. Pero saben que un hombre extraviado en la selva es hombre perdido. Ni hay frutos ni cacería. Son, pues, esclavos sin defensa de capataces interesados en hacerles trabajar todo lo más posible, y que con frecuencia, son más terribles para ellos que las garrapatas y los mosquitos. Los capataces se escogen entre los que son más enérgicos y brutales y están más acostumbrados a la vida de las selvas. Son mejor retribuidos y alimentados. El peón depende enteramente de estos contra-maestros feroces. Si trabaja con menos ardor, se le priva de comida, y, si se rebela, se le ata a un árbol y se le dan de latigazos. Tiene, pues, que resignarse y trabajar. Durante meses enteros constituye su alimentación ordinaria la carne seca, el maíz y el mate. Verdaderamente, se necesita la resignación del guaraní para soportar un régimen y una vida semejantes. El europeo no se avendría a eso. Sin embargo, a veces ocurren verdaderos dramas. El año pasado murieron siete capataces a consecuencia de un motín. Esos seres pacíficos, pasivos y sufridos, acaban por ser tan brutales como sus tiranos a fuerza de resignación. Se citan casos de capataces a quienes esperaron los peones en el recodo de una ‘picada’ para rajarlos a machetazos; otros fueron atados a un árbol en plena selva, quedando expuestos a la tortura de los insectos, salvándose sólo por la más grande de las casualidades” (Huret, 1986: 326-327).

Un antropólogo contemporáneo afirma que: “Algunos conatos de rebelión espontaneístas fueron drásticamente aniquilados por las fuerzas de seguridad que poseían las propias empresas. Cuando alguna de estas rebeliones tenía éxito lo normal era que cruzaran la frontera y trataran de esconderse en el país vecino” (Abínzano, 1985: 838).





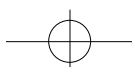
Mapa 1

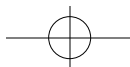
Localización de la provincia de Misiones en el Sur de América



Fuente: Bartolomé (2000: 46).

En los últimos años del siglo XIX comienza la colonización del territorio misionero con familias inmigrantes, principalmente del Centro y Este de Europa. Este proceso en el que se constituye la pequeña burguesía agraria provincial se extiende hasta mediados del siglo XX y tiende a contrarrestar el agotamiento de los yerbales naturales explotados por el Frente Extractivo, sustituyendo este sistema de producción por las modernas implantaciones cultivadas bajo propiedad. A este

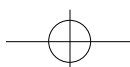


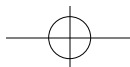


VÍCTOR RAU

proceso se refiere el sentido común de las clases medias misioneras cuando toma como punto de partida de la historia provincial al mito de las familias de rubios campesinos europeos que debieron abrirse paso en la selva inculta, que soportaron el calor de los trópicos y sus insectos, vencieron el temor a las serpientes, los tigres y otros peligros del monte, fabricaron sus propias herramientas de trabajo, y con gran esfuerzo y el virtuoso espíritu de sabios pioneros forjaron la sociedad actual, “crisol de razas” –europeas–, como se acostumbra decir. Aun en el ámbito académico, muy pocos autores se ocupan de advertir, como Mirta Echeverría (1985), que a lo largo de casi toda la primera mitad del siglo XX las explotaciones agrícolas familiares creadas por el proceso colonizador coexisten con el sistema de producción instituido por el Frente Extractivo; pocos, como Roberto Abínzano, señalan que aun los llamados pequeños productores –colonos– “estaban acostumbrados a disponer de una mano de obra casi esclava, que no tenía posibilidades de ascender socialmente, ni defenderse judicialmente, ni alcanzar un mínimo nivel de vida adecuado, etcétera” (Abínzano, 1985: 830–831). Lejos de cuestionar las condiciones de explotación económica y opresión cultural en que se encontraba el proletariado misionero de la época, estas fueron asumidas como naturales por la mayoría de los colonos, e incluso pudo acentuarse, a partir de entonces, la dimensión étnica de la discriminación social. También son escasas las menciones históricas a los aborígenes que poblaban los montes asignados en propiedad a los inmigrantes europeos.

Aquí y allá aparecen referencias a los “indios pacíficos”, vecinos de los primeros colonos de la zona Centro (Torres, 1999). Si no fueron integrados a la incipiente economía agraria, como mano de obra barata, debieron desplazarse hacia áreas marginales –aún hoy conservan su existencia algunas comunidades aborígenes al Nordeste del territorio provincial. Cafferata, De Santos y Tesoriero reparan además en la presencia a principios de siglo de una extensa capa de campesinos asentados en la zona Sur de la provincia, que se cuentan entre los sectores remanentes del período anterior a la colonización y que fueron desplazados por ella: “La primera etapa de colonización se concreta donde estaban asentados los grupos ganaderos y campesinos, lo cual provoca una tensa situación de competencia y conflicto alrededor de la posesión efectiva de la tierra. Hay claros indicios de ese conflicto, que envolvería de distinta manera a los tres sectores. Sin embargo, el Estado terció decididamente a favor de los colonos europeos a través de múltiples mecanismos. En principio se hizo uso de una cláusula de



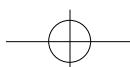


RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

la ley de colonización Avellaneda, por la cual el Estado sufragaba los gastos de instalación y alimentación de los colonos durante el primer año. Vale la pena anotar que esta cláusula sólo tuvo vigencia para Misiones y en ese primer período. Asimismo, los sucesivos gobernadores de Misiones, muy en especial Juan José Lanusse (1896-1905), se lanzaron a un verdadero operativo de recuperación de tierras fiscales, como también a un desplazamiento de los sectores campesinos (...) el sector campesino caracterizado por una elemental economía de subsistencia podía sobrevivir en condiciones sumamente adversas, pero sería su vinculación como mano de obra especialmente temporaria, con la economía de colonos lo que afianzaría su existencia” (Cafferata, De Santos y Tesoriero, 1974: 21).

Al mismo tiempo que las nuevas formas de organizar la producción desplazan a las anteriores, cambia también el carácter de la conflictividad obrera rural. Son cada vez menos frecuentes las “fugas” y los motines, propios del período dominado por el funcionamiento del Frente Extractivo, y comienzan a aparecer las organizaciones gremiales obreras. Los primeros sindicatos de cosecheros de yerba mate estuvieron influidos por el anarquismo y el comunismo, como el Sindicato de Tareferos de San Ignacio o el Sindicato de Peones y Tareferos de Oberá, fundados en torno a los años treinta por Marcos Kaner. Es probable que con anterioridad los obreros hayan comenzado a utilizar los llamados “pliegos de condiciones” y que se hayan practicado modalidades de boicot a la patronal, como aparece literariamente representado en *Los precusores*, del cuentista Horacio Quiroga (1994). Más adelante se destaca la elevada cantidad de afiliados con que cuenta hacia 1940 la Federación de Trabajadores Yerbateros de Misiones (Luparia, 1973: 196; Forni y Neiman, 1993: 377).

Entrada la década del cuarenta, la legislación laboral peronista orientada al ámbito rural significó el intento de reformar profundamente las relaciones vigentes en el campo argentino. Debido a ello, también se producen en esta época una gran cantidad de conflictos legales entre empleadores y empleados. En una cultura regional donde la fuerza de trabajo ha sido históricamente desvalorizada, la regulación laboral impulsada por el gobierno aparece ante los colonos como garantía de injusticias, los derechos del trabajador rural formulados en la nueva legislación son percibidos como artificiales, y el poder de los sindicatos como arbitrario (Abínzano, 1985). Durante el período siguiente las federaciones sindicales más importantes que operaron en la provincia fueron la Federación Argentina de



Seccionales Agrarias de Misiones (FASAM) y la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE). Cabe advertir, no obstante, que si bien los cosecheros de yerba mate mostraban un nivel de agremiación mayor a los registrados en muchas otras producciones agrícolas del país, no alcanzarían niveles semejantes, por ejemplo, a los de la producción azucarera en Tucumán, o a los que son comunes en ámbitos urbanos e industriales. Tampoco la nueva regulación jurídica llegaría a eliminar, ni mucho menos, la impronta tradicional legada por siglos de desvalorización del trabajo e institucionalización de mecanismos fraudulentos de expropiación. *El Estudio sobre la mano de obra transitoria en la provincia de Misiones*, realizado ya a principios de los setenta por el Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación, continúa llamando la atención sobre los bajos niveles de ingreso y las irregulares condiciones de trabajo y de vida a las que se ven sometidos los obreros rurales de la yerba mate (Flood, 1972).

La dictadura militar iniciada en 1976 aplicará sostenidamente su política de terror desde el Estado, inmovilizando a los trabajadores con encarcelamientos y torturas, reprimiendo particularmente a la FATRE, y desarticulando en definitiva a todas las organizaciones gremiales obrero-rurales de la provincia. Luego de las primeras elecciones políticas de 1983, se llama a “normalizar” los sindicatos que habían interrumpido su actividad desde el golpe militar hasta entonces. Al poco tiempo todas estas organizaciones sindicales acaban federadas a la FATRE y se fusionan definitivamente en un sindicato único cuando esa Federación se transforma en una entidad de primer grado: la actual Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE).

Es un hecho suficientemente conocido que el sistema sindical vigente en la Argentina se reorganizó desde mediados del siglo XX en una relación de fuerte dependencia respecto al Estado, y que las normas jurídicas que lo rigen favorecen la centralización de las organizaciones obreras al mismo tiempo que tienden a fortalecer el predominio de la cúpula sobre la base. No volveremos sobre el proceso de burocratización de muchas organizaciones sindicales en Argentina, ni nos extenderemos identificando las “marcas” que en ellas ha dejado la última dictadura militar. Señalamos solamente que, si durante mucho tiempo este sistema estuvo promovido hasta cierto punto desde el Estado, durante la última década esta relación ha tendido a experimentar sensibles transformaciones. Y la institución sindical que representa a los obreros rurales de Misiones no quedó al margen de este proceso. Actualmente constituye una organización con escaso

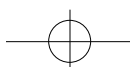


RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

vínculo efectivo con la base laboral y que ha venido mostrando un sensible retroceso en su poder corporativo.

Entre los obreros existe un generalizado sentimiento de amabilidad y, en muchas ocasiones, se manifiestan descontentos con la entidad que asume formalmente su representación. Para el caso de los cosecheros de yerba mate, el sindicato exhibe un muy reducido nivel de afiliación; los contactos directos con los obreros, cuando se producen, en su mayor parte consisten en la asistencia con bienes y servicios de primera necesidad para los afiliados, y la atención de demandas de asistencia jurídica para los obreros rurales en general. Ante conflictos de envergadura que involucran a los trabajadores en forma colectiva, el sindicato también se ocupa de presentar los reclamos gremiales por vía institucional y de realizar denuncias públicas a través de los medios de comunicación masiva. No conocemos casos recientes en que la UATRE haya impulsado medidas de acción directa. Cuando estas, de todos modos, se producen o van a producirse, el sindicato generalmente opta por apoyarlas como institución.

En conclusión, el problema de considerar los motines y las fugas colectivas que se produjeron en la época del Frente Extractivo como la forma característica de los primeros conflictos obrero-rurales registrados en la provincia estriba en que precisamente se halla en cuestión el carácter de “obrerros”, es decir, de “trabajadores asalariados” de aquella mano de obra semiesclavizada en obrajes y yerbatales. Lo que sí queda claro es que, con la desaparición de ese sistema productivo, la formación de un verdadero mercado de trabajo rural, el reforzamiento de la administración pública del Estado y la consolidación de las principales instituciones de la sociedad burguesa en el territorio de la actual provincia de Misiones, las acciones sindicales constituyen el principal contenido de la conflictividad obrera en todo el período siguiente. A fines de los años sesenta y durante los setenta, la acción colectiva de los trabajadores llegó a rebasar incluso el terreno corporativo-económico para adquirir matices de lucha política. Nada de eso ocurre en la actualidad, aunque la organización gremial continúa siendo seguramente el principal instrumento para la resistencia colectiva de los obreros, y las estructuras locales de la UATRE su principal expresión institucional.





VÍCTOR RAU

La estructura de la conflictividad agraria yerbatera

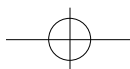
Actualmente, en la provincia de Misiones, el peso relativo de la población rural y de la población ocupada en la agricultura posee valores que se sitúan entre los más altos del país³. Pero al mismo tiempo que muestra un bajo índice de urbanización, Misiones se halla entre las provincias con mayor densidad poblacional total (Villar, Curtino y Fernández, 1992: 43).

Estas características se asocian a los bajos niveles de industrialización y a una estructura agraria donde las explotaciones pequeñas y medianas poseen un amplio predominio numérico. En efecto, aquellas unidades productivas no mayores a 25 ha de extensión constituyen más de la mitad de las explotaciones existentes, mientras que las mayores de 25 y de hasta 100 ha representan aproximadamente otro 40%, agrupando en forma conjunta un 92% del total provincial⁴. En este aspecto Misiones exhibe aún la impronta del proceso de colonización territorial realizado, desde fines del siglo XIX y a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX, en base al patrón de explotación agrícola familiar. Y dado que la yerba mate opera como principal cultivo poblador del territorio, ese mismo proceso dio origen a una estrecha dependencia de aquellos pequeños y medianos productores con respecto a la actividad yerbatera, al tiempo que constituía una estructura de intercambios oligopsónica al interior del complejo productivo, poniendo a los numerosos y dispersos productores de materia prima en una situación de dependencia, extremadamente desfavorable para la negociación de precios, frente al puñado de industrias molineras compradoras del producto.

La primera crisis del sector primario yerbatero data de fines de los años veinte y se extiende a lo largo de buena parte de la década siguiente (Barsky y Gelman, 2001). A ella se sumaban por entonces los problemas de la producción tabacalera. Existe poca información acerca de conflictos agrarios de la época. Solamente los crímenes que se cometieron el 15 de marzo de 1936, en la represión a una marcha sobre Oberá de colonos que reclamaban por las condiciones de venta del tabaco, hechos conocidos como “la masacre de Los Helechos”, han sido recogidos en algunos estudios y aún conservan actualidad en la

³ Sólo Santiago del Estero supera a esta provincia en el primer aspecto y solamente Chaco lo hace en el segundo. INDEC, Censo Nacional de Población y Vivienda (1991).

⁴ INDEC, Censo Nacional Agropecuario (1988).



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

memoria colectiva de los pobladores de la zona Centro provincial (Belastegui, 1994; Golsberg, 1999; Torres, 1999). A raíz de aquella primera prolongada crisis, en 1935 la actividad yerbatera comenzó a regularse a través de la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM), institución creada en el marco de las políticas corporativistas e intervencionistas en boga desde los años treinta.

La política de la CRYM tendía no sólo a conservar sino también a reproducir ampliamente la estructura de la producción primaria yerbatera fundada en los tiempos del proceso colonizador. Así fue posible que el cultivo llegara a la actualidad hallándose presente en el 60% de las explotaciones agropecuarias –se cultiva en 16 mil explotaciones– de la provincia de Misiones, y que el 81% de estos productores yerbateros no poseyeran, hasta 1988, superficies implantadas mayores a las 10 ha⁵. De todos modos, en la mayoría de los casos se trata de productores de tipo *farmer*⁶ y no de campesinos, en tanto muestran una fuerte dependencia respecto al mercado, un predominio de los criterios empresariales en la gestión de sus unidades productivas y, principalmente, la mayoría de ellos han logrado avanzar en procesos de acumulación. Como señala Gabriela Schiavoni (1995), la misma propiedad del cultivo yerbatero puede ser considerada como un indicador de capitalización en las unidades productivas agrarias. También a lo largo del período que va desde la colonización hasta la actualidad se registró un proceso de diferenciación, sobre todo ascendente, dentro de este sector. En las unidades productivas de los colonos acomodados se ampliaron las superficies en producción, se incorporaron otros cultivos –como el *tung*, el té y los cítricos–, se introdujeron la mecanización y diferentes tecnologías de manejo. En algunos casos se amplió la superficie controlada bajo propiedad. En el mismo sentido cabe destacar el temprano desarrollo de cooperativas de industria agraria y, a partir de mediados de los cincuenta, la emergencia y consolidación de una burguesía molinera local, de origen agrario, que pasa a integrar la etapa industrial y se incorpora al sector oligopsónico hasta entonces constituido exclusivamente por los grandes molinos extra zona, localizados en Buenos Aires y Santa Fé (Cafferata, De Santos y Tesoriero, 1974). Junto a ellos también subsiste un sector tradicional de grandes plantadores.

5 INDEC, Censo Nacional Agropecuario (1988).

6 Productores familiares capitalizados.

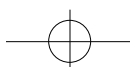


VÍCTOR RAU

Desde 1991, alcanzada por el Decreto N° 2284/91 del Poder Ejecutivo Nacional, la producción yerbatera pasó a estar “desregulada” y la CRYM disuelta. Desde la desregulación y hasta 1996 los precios se mantuvieron relativamente estables debido a la existencia de cierta escasez de materia prima. Entre tanto, la liberalización de la producción permitía implantar a quien quisiera cuantas hectáreas de yerba quisiera. Muchas empresas plantadoras e industrias integradas incrementarían el volumen de su producción primaria mediante implantaciones realizadas con tecnologías de alto rendimiento. Se elevaron desde entonces tanto la superficie implantada como la producción total, y a partir de 1995 caen abruptamente los precios de la materia prima: el kilogramo de hoja verde, que en 1990 se pagaba a un promedio de 0,19 centavos, se paga todavía en 1995 a 0,17, pero experimenta a partir de este punto una caída libre que llega hasta los 0,06 centavos de 1999⁷.

Hemos mencionado la efervescencia agraria de mediados de los treinta. Con la creación de la CRYM en 1935, buena parte de la conflictividad inherente a la estructura del complejo yerbatero se trasladó al interior de esta institución corporativa donde se hallaba presente la representación del Estado y de todos los sectores involucrados en la actividad. A mediados de los sesenta se produjo sin embargo una nueva crisis en el sector yerbatero que rebasó el marco corporativo institucional y devino en la creación del Partido Agrario Misionero (PAM), de efímera existencia. Con posterioridad el conflicto sólo volvió a manifestarse abiertamente en la coyuntura política de principios de los setenta y como parte del proceso de desarrollo de las Ligas Agrarias, que por entonces se daba en las provincias del Nordeste argentino. No obstante ello, las más importantes medidas de fuerza llevadas a cabo por el Movimiento Agrario de Misiones (MAM) –exponente local del “liguismo”– tuvieron como objetivo elevar el precio de la materia prima en aquellas producciones que carecían de regulación, muy especialmente de la producción de té. A partir del golpe de 1976 se desencadena el terror de Estado que desarticula el movimiento. Luego de la dictadura militar, el MAM inicia su proceso de reconstitución realizando aún algunas movilizaciones masivas, de las cuales la última tendría lugar en 1995 con los veintiún días de paro en reclamo por el precio del té. Esta importante medida de fuerza, al igual que

7 Los datos son del Ministerio del Agro y la Producción de la provincia de Misiones.



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

la realizada en 1991, fracasa en sus objetivos, y en los años siguientes se asiste a un proceso de reformulación de estrategias en la entidad. Sin embargo, muchos de los conocimientos internalizados, que provienen directa o indirectamente de aquellas experiencias de lucha tantas veces organizadas y dirigidas por el MAM, se hicieron visibles en las prácticas de los sujetos que participaron recientemente en las movilizaciones del Paro Verde, desarrollado en abril/mayo de 2000, y que a continuación pasaremos a analizar. En este caso, como en aquellos anteriores, se trató de una medida de fuerza protagonizada por pequeños y medianos productores de cultivos industriales, sector constituido por un elevado número de colonos que se enfrentan con la industria compradora de su producción, para obtener, a partir de la concertación forzada, de la modificación de algunas disposiciones emanadas desde el organismo regulador o de la intervención directa del Poder Ejecutivo, un aumento en el precio de la materia prima. Presentaremos pues un modelo de las llamadas “huelgas” del MAM a modo de referencia para la protesta yerbatera reciente.

¿En qué consistían aquellas “huelgas”? básicamente, en no cosechar y no entregar materia prima a las industrias; boicotear el abastecimiento de las mismas para forzarlas al paro de su producción. La medida se garantiza de forma activa: grupos de colonos organizados instalan piquetes en puntos estratégicos de las rutas, caminos y “picadas”⁸, donde se interceptan los camiones que intentan transportar el producto hacia las agroindustrias; la carga es retenida o volcada al costado del camino; a veces también incendiada o inutilizada sobre el mismo vehículo rociándola con kerosén.

Año 2000: el “Paro Verde” y la emergencia reciente del sujeto de protesta *tarefero*⁹

Esta medida de fuerza protagonizada por los productores de yerba mate en el 2000 constituye un acontecimiento de particular importancia para la historia de la conflictividad agraria misionera. Se trata de la primera protesta yerbatera de envergadura del período reciente, que adquiere alcance provincial, produce importantes efectos institucionales y marca el inicio de un proceso de movilizaciones agrarias que aún

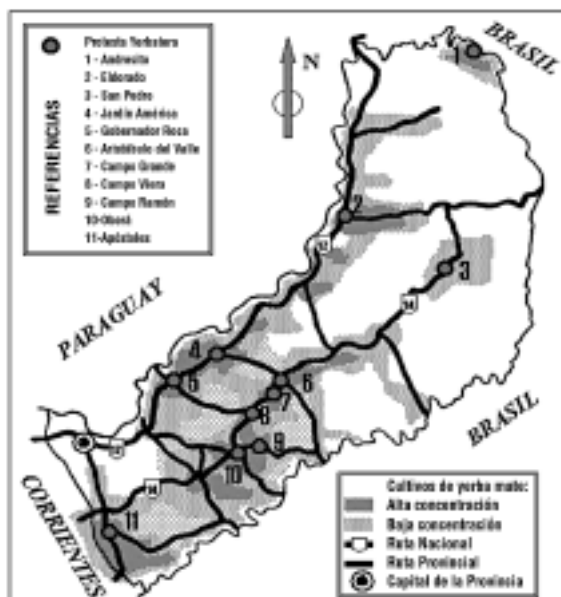
⁸ Caminos rurales abiertos a través del monte.

⁹ Obreros cosecheros de yerba mate.

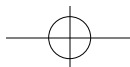
VÍCTOR RAU

permanece abierto. El paro agrario con boicot a la industria, conocido como el “Paro Verde”, comienza el 4 de abril en el extremo Sur de Misiones y se extiende al resto de la provincia, desarrollándose en total a lo largo de treinta y cinco días. Los productores interrumpen la cosecha y se movilizan a las rutas y entradas de las industrias, donde instalan “carpas de protesta”, garantizan piquetes que detienen a los camiones cargados con yerba mate e impiden por tiempo indeterminado el transporte del producto. El objetivo de la medida era obtener una elevación en el precio que abona la industria por su producción: la hoja verde de yerba mate. El epicentro del conflicto abierto pronto se situó en la zona Centro de la provincia, donde se movilizaron importantes cantidades de manifestantes, particularmente en torno a la localidad de Jardín América y, en menor medida, a la de Oberá. No es nuestro objetivo analizar aquí el complejo desarrollo de la protesta, ni tampoco centrarnos en lo actuado por la pequeña burguesía agraria que fue sujeto de la misma. En cambio, atenderemos principalmente a la intervención del proletariado agrícola en el conflicto.

Mapa 2
Localización de la protesta agraria yerbatera en el territorio de Misiones durante el “Paro Verde”



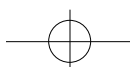
Fuente: elaboración propia en base a Margalot (1994: 112), periódicos locales y entrevistas realizadas en campo.



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

Cabe señalar en primer término que si bien el discurso público de la pequeña burguesía yerbatera hacía mención a la miseria económica en que se encuentra sumergida la población obrera ocupada en la cosecha de yerba mate, y afirmaba que su propia reivindicación –el aumento en el precio del producto– posibilitaría también un aumento en el precio del destajo pagado al obrero y el cumplimiento de la legislación laboral por parte de los empleadores, semejante recurso discursivo orientado a reforzar la legitimidad de la protesta no se correspondía con una política efectiva de alianza social a nivel provincial. La relación entre el precio del producto y el precio del destajo reflejaba en cierta medida una lógica histórica del mercado laboral yerbatero, por lo que el discurso hallaba eco en los propios obreros. Sin embargo, en la mayoría de las carpas instaladas por los colonos para agrupar manifestantes los cosecheros eran rechazados. Solamente en Jardín América la fracción ocupó un lugar destacado al interior del movimiento, es decir, en unidad con la movilización de los colonos. Se organizó una olla popular donde las familias de cosecheros, en paro forzoso a raíz de la medida, hallaban abierta la posibilidad de continuar alimentándose. Desde el comienzo mismo de la movilización en esa localidad, los llamados *tareferos* fueron mayoría. De ahí que Jardín América se convirtiera pronto en el punto más fuerte de la protesta, el que concentrara la mayor cantidad de manifestantes en la provincia.

El número de obreros fue incrementándose a medida que se desarrollaba el conflicto, y su predominio acabó por ser absoluto en esa localidad. No obstante, desde el principio hasta el fin del conflicto, continuó siendo un dirigente colono quien estuvo al frente de la carpa. No sólo por su magnitud y su peculiar composición social esa movilización se distingue de las registradas en otros puntos de la provincia. Allí se dieron también los únicos intentos de resistir las acciones de las fuerzas de seguridad estatales –policía provincial y gendarmería nacional– que, con órdenes judiciales, montaban operativos para “liberar” a los camiones detenidos en los piquetes. En ese lugar de la provincia se registraron los únicos “cortes de ruta” del conflicto. Allí donde las asambleas incluían a los cosecheros y los comunicados de prensa eran firmados como “Colonos y Tareferos Autoconvocados de Jardín América”, fue también donde se intentó sostener el paro cuando la dirección provincial de los colonos hizo pública su decisión de levantar la medida sin haber conseguido el objetivo que movilizaba a la base: el incremento en los precios del producto.



El otro punto geográfico donde el proletariado cosechero tuvo una importante intervención, aunque con una posición frente al paro completamente opuesta a la descrita para el caso de Jardín América, fue en las zonas cercanas a la localidad de Oberá. Promediando el conflicto, un grupo de *tareferos* imita a los colonos que protestaban levantando “carpas verdes” en las rutas e instala en Oberá una “carpa negra” para reclamar la reanudación de la cosecha, es decir, la suspensión del paro agrario yerbatero. Los obreros manifiestan su apoyo a la demanda de los productores aunque se movilizan por necesidades inmediatas: “A nosotros nos beneficia que el precio de la yerba suba pero a la vez, este paro nos perjudica, porque para nosotros la tarefa (cosecha de yerba) es nuestra fuente de trabajo. (...) Hoy en día ya no sé que dar de comer a mis hijos, no hay changas (trabajos de espera)” (*El Territorio*, 18 de abril de 2000: 4).

Aquí primaba una motivación específica de los obreros: la necesidad inmediata de trabajar para subsistir, frente a un paro agrario que en cierto modo asumía para ellos la forma de un *lock out*¹⁰. La situación económica de este proletariado agrícola es crítica aun cuando trabaja; un corto período de desocupación los precipita a la miseria más profunda. Hacia fines del conflicto aparecen carpas similares en Campo Viera y Aristóbulo del Valle, el grupo de Oberá se incrementa, se plantean situaciones próximas al choque con los colonos, y en algunos puntos se producen “tomas” de carpas de colonos por parte de los cosecheros movilizados. Finalmente el paro se levanta.

Uno de los aspectos que merecen ser destacados consiste en que, tanto cuando intervenía a favor del paro como cuando lo hacía en contra, el proletariado agrícola yerbatero exhibía por primera vez una importante capacidad de acción colectiva autónoma, y protestaba además en una forma inédita. Más adelante expondremos nuestra hipótesis acerca de la relación existente entre la actual configuración del mercado laboral yerbatero y aquella nueva capacidad de movilización obrera que continuó dejándose ver con posterioridad. Por ahora nos ocuparemos de la forma de la protesta, es decir, de los medios adoptados por los cosecheros de yerba mate para hacer públicos sus reclamos. En este sentido adquiere particular importancia el conflicto social agrario abierto por los productores, cuyo primer acontecimiento de trascendencia fue el Paro Verde. Como hemos visto, los colonos misioneros reactualizaron en esa ocasión experiencias históricas,

10 Cierre temporal de empresa por parte del patrón.

RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

métodos de lucha utilizados con anterioridad y experiencias de organización fuertemente inscriptas en la tradición agraria provincial. La intervención de los *tareferos*, en cambio, representa el experimento de una nueva forma de hacer públicos sus reclamos; constituye en este sentido una experiencia original, puesto que establece principios vueltos a aplicar en lo sucesivo y que tenderán a adquirir en esas prácticas una fisonomía propia. De uno u otro modo, allí donde adquiere mayor envergadura la medida de fuerza de los colonos, moviliza también a los obreros. Esto sucede principalmente en la zona Centro provincial, y muy particularmente en las dos localidades que hemos venido mencionando con más frecuencia: Oberá y Jardín América.

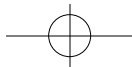
Ahora bien, la protesta de los colonos instala la problemática yerbatera en la escena pública, incluso a nivel político, y suscita el apoyo de las clases medias urbanas que la reconocen como legítima. Los obreros agrícolas que constituyen un sector étnicamente diferenciado respecto a los productores y culturalmente oprimido al interior de la sociedad misionera se ven afectados por el paro, se vuelcan a las rutas y hacen uso, al igual que los colonos, de las "carpas de protesta". La comunidad en su conjunto y ellos mismos se reconocen como *tareferos*. Es que, en buena medida, la propia protesta de los colonos había abierto la escena pública para su aparición como actor social colectivo y sujeto de reclamos específicos. Al sentido común le parecía ahora innegable que los cosecheros eran fuertemente golpeados por una situación crítica, pues ya habían reconocido la situación en el discurso de los colonos. Cuando participaban de la misma "carpa verde" de los colonos, como sucede en Jardín América, los obreros se sumaban al reclamo de un mejor precio para la yerba; cuando se organizaban en forma independiente instalando sus propias "carpas negras", como en las zonas cercanas a Oberá, sostenían también ese reclamo, pero exigían sin embargo, en primer lugar, la inmediata reanudación de la cosecha. El problema más urgente que afrontaban era el de estar parados y sin medios de subsistencia. En tanto allí los colonos se desentendían de esta cuestión provocada por su medida de fuerza, los *tareferos* exigieron que se reanudara la cosecha, instalaron una olla popular, solicitaron y recibieron alimentos y ayuda económica por parte de la población.

Del origen a la actualidad: dos años con protestas cíclicas

La productividad de estas experiencias adquiridas se dejó ver a los pocos meses. El 16 de octubre, hallándose desocupados a causa de la finalización del período de zafra yerbatera, los *tareferos* de la ciudad de Oberá saldrían a las rutas con un pequeño grupo de colonos que acataban el paro nacional lanzado en esa ocasión por las tres entidades agrarias más importantes del país. Rápidamente concluida la medida y retirados los productores de la escena, los obreros, sin embargo, permanecieron en las carpas y llevaron adelante una protesta propia que pronto tomó importantes dimensiones –unas quince “carpas negras” al costado de las rutas agrupaban a gran cantidad de trabajadores provenientes de los diferentes barrios de Oberá, Campo Viera y localidades cercanas. La protesta se realizó bajo el mismo modelo que la anterior movilización local y, en última instancia, a raíz del mismo problema. Esta vez los colonos no se hallaban de paro, pero el período de zafra de la yerba mate había concluido, provocando la misma desocupación masiva entre los obreros, la cual venía golpeándolos año tras año por esas mismas fechas, sin que nada ocurriera. Pero ahora volvieron a organizarse las ollas populares, como hacía poco.

Las carpas sirvieron nuevamente como lugares de concentración. Ahora allí se demandaba principalmente “pan y trabajo”. Pero no por ello los manifestantes se identificaron como “desocupados” en general, tampoco se los identificaba así desde el resto de la sociedad. Se trataba, indudablemente, de una protesta de *tareferos*. Los manifestantes también reclamaban por un “mejor precio para el té y la yerba”. La UATRE apoya institucionalmente la protesta, que se extiende a lo largo de veinticinco días y acaba el 9 de noviembre con el otorgamiento de asistencia alimentaria por parte del Estado y de ciento setenta y tres planes del Programa de Emergencia Laboral.

Regularmente la actividad de cosecha se desacelera de modo abrupto con el término del mes de agosto y se detiene por completo entrado septiembre. La primera vez que, sucedido esto, emergió la protesta tarefera en Oberá, en el año 2000, lo hizo a principios de octubre y se mantuvo hasta principios de noviembre. La segunda vez consecutiva, en el 2001, lo hizo sobre el final de septiembre y, habiendo alcanzado gran magnitud, se mantenía aún al 12 noviembre. En el transcurso de este período aparecieron también las “carpas negras” de los obreros en Jardín América y San Vicente.



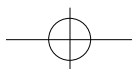
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

Aunque desde enero comienzan a realizarse las primeras “podas” a las plantas de yerba mate, la actividad de cosecha se intensifica recién a partir del mes de abril. Los productores consideran a este momento como el verdadero inicio de la cosecha, y es el momento en que se ha venido activando la conflictividad agraria. Año tras año sus dirigentes lanzan con mucha anticipación amenazas de paro agrario, y afirman que llegado el momento no comenzará la cosecha. En los dos últimos años los colonos han intentado lanzar un paro por tiempo indeterminado aproximadamente en esa fecha, abril/mayo. El primero, el Paro Verde del 2000, se desarrolló ampliamente. En el segundo intento, en el 2001, el paro se abortó a los pocos días. La cantidad de productores que se movilizaron a las “carpas verdes” no alcanzó para garantizar la completa detención de la cosecha, ni siquiera en la zona Centro, donde las movilizaciones agrarias vienen resultando más fuertes. El Estado provincial mostró mayor disposición a reprimir los intentos de retener en las rutas a los camiones cargados con yerba mate, como así también los de “cortes de ruta”—que, no obstante, en esta ocasión llegaron a ser muy nutridos. En cambio se realizó un “tractorazo” sobre la ciudad de Oberá, y finalmente sucesivos “tractorazos” sobre la capital de la provincia, que resultaron de trascendencia histórica por su magnitud.

En la plaza céntrica de Posadas, ciudad capital de la provincia, los colonos se concentraron durante semanas frente a la gobernación. Entre tanto, también los *tareferos* de Jardín América habían vuelto a movilizarse junto a los colonos. En Oberá los *tareferos* instalaron también una “carpa negra” con olla popular, y realizaron una marcha hasta la municipalidad reclamando el cumplimiento en los pagos de los Planes Trabajar todavía vigentes.

Vemos pues que, alrededor de mayo y en torno a octubre de un año y de otro, se repitieron, como si se tratara de un ciclo, las manifestaciones de los *tareferos*. En ambos casos, en mayo, al principio del período de cosecha yerbatera, se trató de movilizaciones obreras de menor envergadura, insertas en una coyuntura de conflictividad agraria abierta. En ambos casos, en octubre, al principio del período contraestacional a la cosecha, se trató de movilizaciones de mucha mayor envergadura, en las coyunturas en que menos activa se encontraba la conflictividad agraria.

Expuestas estas coincidencias que hacen aparecer las movilizaciones obreras registradas durante esos dos años como ciclos que se repiten con cierta regularidad, pueden hacerse notar también diferen-



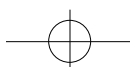


VÍCTOR RAU

cias del primer ciclo con respecto al siguiente. En este sentido, se percibe que los elementos directamente vinculados a la actividad laboral poseen un mayor peso en las protestas del primer año. Al parecer la demanda “por el precio de la yerba” ocupó un lugar de mayor importancia en relación al que le correspondería durante las movilizaciones del segundo año. En cambio, el lugar que ocupa el reclamo por alimentos y empleo –“pan y trabajo”– habría incrementado su importancia de un año al otro.

Proletarios semiocupados: acerca de los obreros agrícolas con residencia periurbana, sin tierra y sin empleos contraestacionales

¿Protesta de desocupados o de *tareferos*? Nuestra tesis al respecto parte de reconocer la complejidad, hasta cierto punto irreductible, del fenómeno en cuestión. Cualquier caracterización unívoca del mismo violentaría el análisis, pues en el objeto mismo arraiga una dualidad específica. Por cierto, este tipo de problemas analíticos no son extraños a los estudios sobre el proletariado agrícola, y no tienen tampoco por qué conducir a una indeterminación conceptual. Por el contrario, el modelo de la constelación latifundio-minifundio (García, 1973), tan difundido en la sociología rural latinoamericana, asume la existencia de un amplio sector de campesinos “semiproletarios”, es decir, de familias cuyos miembros se reproducen bajo una doble condición de campesinos –en sus propias unidades doméstico-productivas– y de asalariados temporarios –trabajando fuera de ellas. Según planteos clásicos, esta ambigua pertenencia de clase se expresa como “identidad dual” (Alfaro, 2000) en la conciencia de amplias capas de la población rural. Lo que a partir de ello se cuestiona es la posibilidad de acceso a una “conciencia de clase” semejante a aquella que se atribuye a los proletarios puros y que fuera la asumida por el proletariado urbano-industrial en determinados momentos históricos de su lucha. En la senda abierta por esta problemática se encuentra, por ejemplo, un perspicaz estudio de Eckart Boege (1977) en el que pueden apreciarse casos donde la identidad y las experiencias de lucha campesinas condicionan las posibilidades de organización y la elección de los métodos adecuados para operar sobre las relaciones salariales, por parte de sujetos que se hallan temporariamente insertos en ellas. Las más de las veces es el carácter estacional de la demanda de fuerza de



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

trabajo para las producciones agrícolas lo que determina la existencia de este tipo de “dualidades” en la existencia material y la identidad de los trabajadores. También en nuestro caso de estudio, aunque de diferente manera, gravita como factor determinante la estacionalidad del empleo asalariado.

Para encontrar una figura que se ajuste al sujeto social de las protestas aquí analizadas, puede partirse de aquel “semiproletario” clásico y suponer luego que en este caso el asalariado estacional reside en áreas periurbanas, no posee tierra de cultivo ni otro medio de producción y carece de empleo durante el período contraestacional a la zafra.

Llegamos así a disponer de una categoría representativa de los *tareferos* que protagonizaron las recientes protestas en la provincia de Misiones, sujetos sociales a los que podríamos llamar proletarios agrícolas semiocupados. En referencia a la situación específica que los afecta actualmente debemos señalar, además, que los proletarios agrícolas semiocupados en la cosecha de yerba mate tampoco llegan a adquirir por medio de ese empleo temporario un ingreso suficiente para reproducirse como tales.

No obstante, puesto que hemos referido la categoría a una figura teórica acuñada con anterioridad, es preciso advertir, al mismo tiempo, acerca de la desigual jerarquía que una y otra poseen por estar situadas en diferentes niveles analíticos. Efectivamente, en la clásica definición del campesino “semiproletario”, la dualidad considerada remite a la condición de clase de los sujetos¹¹; en este sentido primario, los sujetos de las protestas analizadas en este estudio son proletarios puros¹². Así, cuando hablamos de los “proletarios agrícolas semiocupados”, hemos supuesto ya su fundamental condición de clase y sólo es la condición de ocupación de estos obreros lo que se halla en danza. Concretamente, es el carácter regularmente cíclico que asume su condición de ocupación lo que constituye la dualidad específica de la categoría. Aquel mismo carácter cíclico de la demanda de mano de obra asalariada que condiciona tanto la vida de los campesinos “semiproletarios” como la de los “obrerros golondrina”,

11 Por mucho que se debata acerca de si el campesinado constituye o no una clase social, se alude con esa denominación a sujetos que son “pequeños propietarios” de medios de producción.

12 De más está decir que la desocupación no define a una clase -más bien es una condición que históricamente ha afectado siempre en mayor o menor medida a la clase obrera.

etc., es el que mantiene el elemento dual en la existencia económica de estos proletarios puros sin empleos contraestacionales.

Veamos el caso con más detalle. En la producción de yerba mate se realizan algunos tipos de “cortes” o “podas” a la planta a partir del mes de enero. Sin embargo, el grueso de la cosecha comienza en abril y se extiende hasta agosto. Por lo tanto, podemos afirmar que la demanda laboral proveniente de la zafra se mantiene a lo largo de una porción importante del año –entre cinco y ocho meses. Si se acepta que en la sociedad moderna “el trabajo” opera como fuente de identidad social para los individuos, merece ser tomada en cuenta, en este caso, la extensión del período de zafra, como un factor favorable para la consolidación de una identidad social vinculada al oficio de cosechar yerba mate: la identidad social del *tarefero*. De otra parte, por mucho que estos cosecheros consigan desarrollar otras actividades durante los meses de la contraestación –en muchos casos sólo se trata de “changas”¹³–, la mayoría de ellos vuelve a integrarse año tras año, a lo largo de su vida, al trabajo “en la tarea”¹⁴.

Cuando termina la zafra yerbatera, queda disponible una gran cantidad de trabajadores desempleados en los barrios obreros de muchas localidades, trabajadores que en su mayoría son ciertamente *tareferos*. Pero esta masa de “*tareferos* desocupados” se encuentra en una condición muy diferente a otro tipo de trabajadores desocupados: los que perdieron un empleo estable, los que poseen inciertas posibilidades de reinserirse en la actividad laboral, los que no pueden predecir el tiempo que les llevará acceder nuevamente a un salario –sector que ha experimentado un notorio crecimiento en la Argentina de la última década. En cambio, estos cosecheros desocupados en primer lugar no pierden nada parecido a un empleo estable; en segundo término, saben aproximadamente en qué momento se reanudará la cosecha y aumentará la demanda de su fuerza de trabajo en el mercado.

Durante varios meses una importante cantidad de obreros agrícolas permanece en situación de desempleo y enfrenta graves dificultades para alimentar a su familia, pero hacia atrás y hacia delante, en su horizonte, el trabajo se encuentra todavía presente y cercano. De ahí que, en las protestas realizadas precisamente

13 Se llama “changas” a pequeñas labores realizadas por encargo de particulares, a las que los trabajadores atribuyen poco valor. Generalmente son aceptadas por ellos como trabajos de espera (hasta que comience la cosecha).

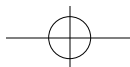
14 En el trabajo de cosecha de la yerba mate.

RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

durante estos períodos de desocupación masiva, puedan aparecer demandas relacionadas con la actividad laboral yerbatera a pesar de que inmediatamente ninguno de los manifestantes se encuentre empleado en ella.

Por lo tanto, así como atendemos a los condicionamientos que afectan a estos trabajadores en tanto desocupados, debemos atender también a los elementos que condicionan su situación durante el período de mayor ocupación. Consideramos que un abordaje apropiado del problema que plantea esta dualidad puede realizarse a partir de un enfoque dirigido por el concepto de mercado de trabajo, que contempla la situación de los trabajadores tanto en su condición de ocupados como de desocupados –buscadores de empleo. En general, los estudios sobre mercados de trabajo rurales han debido identificar, a lo largo del ciclo anual, momentos de mayor y de menor ocupación: momentos vinculados a la estacionalidad de las producciones agrícolas, que se distinguen con nitidez y se repiten año tras año siendo constitutivos de su funcionamiento regular (Ortiz, 1999a). La ocupación y la desocupación son, en muchos de estos mercados, momentos interrelacionados en la reproducción de la fuerza de trabajo agrícola –y en la vida de los trabajadores.

Concretamente, en nuestro caso de estudio podemos afirmar que, aun en ausencia de empleos contraestacionales a la cosecha de yerba mate, la interrupción transitoria de la demanda de fuerza de trabajo no tendría por qué suponer para las familias obreras ninguna situación dramática, siempre que los niveles salariales vigentes durante la zafra aportaran un ingreso suficiente para asegurar la reproducción de esa fuerza de trabajo; en términos de la economía política, siempre que la capacidad laboral adquirida se pagara a su valor (Marx, 1994). Más aún, puede afirmarse que, en semejante situación, buena parte de los obreros parados no buscaría empleos durante el período contraestacional y, dado que es precisamente la condición de llevar adelante esa búsqueda inconclusa la que define la condición del desempleado, ni siquiera tendríamos por qué hablar en esos casos de proletarios “semiocupados”. En nuestra opinión estas son las claves para comprender la cuestión social que se expresa en la protesta de los *tareferos*.

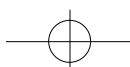


VÍCTOR RAU

Sobre las transformaciones en el mercado laboral yerbatero y las dimensiones del deterioro en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo

A continuación consideraremos entonces las condiciones de venta de la fuerza de trabajo en el mercado laboral que se estructura en torno a la cosecha de yerba mate, centrándonos principalmente en las condiciones que afectan al sector movilizado en las manifestaciones recientes. Si bien ha sido el esfuerzo de interpretación del discurso de protesta, de comprensión de las prácticas, del modo en que los actores se identifican colectivamente y de la posición adoptada por ellos frente al conflicto yerbatero en general lo que nos condujo a indagar acerca del reciente deterioro en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo, cabe advertir sin embargo que no hemos restringido nuestra indagación a los elementos explicitados en el discurso de los actores. Estrictamente, esta parte de nuestro trabajo expone los resultados del siguiente ejercicio: considerando a las condiciones de venta de la capacidad laboral como un complejo de propiedades con posibilidad de variar en el sentido de una mejora o de un deterioro, nos preguntamos en qué dimensiones pueden reconocerse elementos que den cuenta de una variación en el último sentido. De otra parte, si bien por este camino nos orientamos a rastrear la orientación de algunos impulsos que dan forma a la protesta, no por ello consideramos que las variables condiciones que afectan a estos individuos en tanto oferentes de su capacidad laboral, sólo ellas y por sí mismas, puedan explicar o permitan comprender la aparición de estas acciones colectivas. No obstante, teniendo en cuenta lo expuesto acerca del marco en el que emergen y las características que asumen tales manifestaciones, consideramos que un ejercicio como el que sigue resulta imprescindible.

Fueron las características asumidas por la protesta las que definieron el objeto que abordamos a partir del concepto de mercado de trabajo. Se trata de las instituciones sociales y las relaciones involucradas en el espacio de intercambio de capacidad laboral para la cosecha de yerba mate. Es decir, hemos realizado un recorte metodológico por producción y luego por tipo de actividad laboral. Al tratarse de las transformaciones registradas en este espacio, nuestro objeto debió delimitarse también temporalmente. Hemos adoptado el punto de inflexión que supuso la desregulación de la actividad yerbatera en





1991 como límite hacia atrás, acotando nuestra indagación a lo ocurrido durante los últimos diez años.

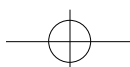
En la medida en que ello resulta pertinente, procuramos situar algunas de las dimensiones del deterioro en el contexto de la estructura y la lógica de funcionamiento específicas de este mercado laboral; y, del mismo modo, quisimos relacionarlas con las más importantes transformaciones experimentadas por ese mismo mercado.

El precio del destajo

Se ha afirmado que, comparativamente con el trabajador industrial y a partir de su situación objetiva, el obrero agrícola posee mayores posibilidades de percibir la existencia de una explotación ejercida sobre su trabajo. Un saber más acabado acerca del proceso productivo en que interviene, pero principalmente la modalidad de pago a destajo y el conocimiento inmediato del precio de venta del producto, muestran claramente al obrero que el uso ajeno de la capacidad laboral produce más valor que el contenido en su salario (Boege, 1977).

Pero la explotación percibida por el obrero puede hallarse de todas maneras perfectamente naturalizada, considerándose aquella apropiación del plusvalor como un legítimo derecho del propietario privado que ha aportado los medios para que se efectúe la actividad productiva. Esta es, ciertamente, la condición regular de funcionamiento del modo capitalista de producción. Más aún, debe señalarse la paradójica circunstancia de que, precisamente a partir de aquella percepción del obrero agrícola, sus empleadores generalmente poseen también posibilidades mucho mayores de imponer rebajas salariales casi sin resistencia siempre que se produzcan caídas en el precio del producto.

Así sucede en el caso del mercado de trabajo estructurado en torno a las labores de cosecha de yerba mate en la provincia de Misiones. El Gráfico 1 representa la evolución del pago abonado a destajo por kilogramo de yerba mate cosechada. El primer segmento de la curva correspondiente al precio del destajo se construye a partir de los datos consignados en las resoluciones de la Comisión Nacional de Trabajo Agrario (CNTA) sobre Acuerdos de la Comisión Regional N° 9 con sede en Posadas. Cabe señalar al respecto que la unión sindical que asume la representación de los obreros rurales permaneció intervenida hasta 1991, por lo que el primer Acuerdo Regional estipu-

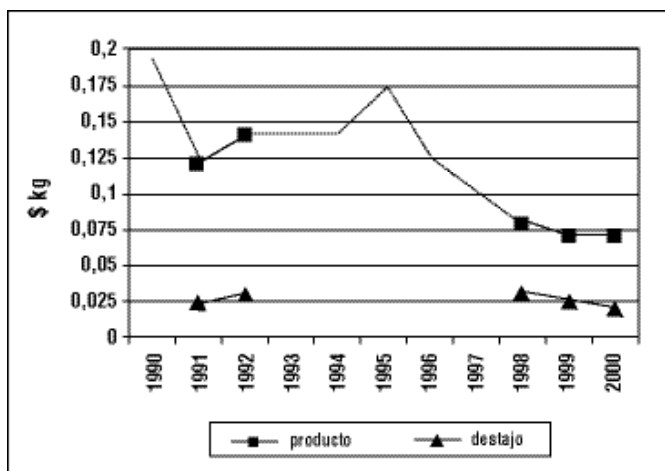


VÍCTOR RAU

la las remuneraciones del mes de febrero de ese año. La última resolución se realiza sobre las remuneraciones de julio de 1992. El carácter ultra-activo de la misma determina que su vigencia se extienda formalmente hasta la actualidad, aunque la longitud del período denote al mismo tiempo que la práctica instituida en la negociación colectiva ha caído en relativo desuso. En una palabra, por una parte los valores estipulados conservan su relevancia en tanto marco legal vigente para el pago de remuneraciones en el sector, y por otra constituyen los datos de mayor confiabilidad disponibles para acercarnos a la evolución de los valores remunerados a principios de la década. En efecto, la memoria de los individuos involucrados posee en este sentido un límite de confiabilidad que hemos situado en el año 1998. El segundo segmento de la curva ha sido construido en base a entrevistas¹⁵.

Gráfico 1

Variaciones comparadas: precio del producto y del destajo



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Asuntos Agrarios de Misiones, CNTA y entrevistas a los actores sociales.

15 Corresponde señalar, sin embargo, que el segundo segmento identifica la evolución de aquellas remuneraciones abonadas “en negro”, lo cual supone un mayor acercamiento a la generalidad del empleo, dado que, según estimaciones de la UATRE compartidas por los organismos estatales vinculados a la problemática, el 70% de los obreros rurales de la provincia son contratados clandestinamente, proporción que se eleva todavía considerablemente en el caso específico de los cosecheros de yerba mate (Diario *Misiones OnLine*, 10 de agosto de 2001). Por esta misma circunstancia descartamos la posibilidad de utilizar los valores registrados en recibos de sueldo extendidos por las empresas yerbateras, pues ellos se ajustan siempre a los últimos valores legalmente estipulados y no son representativos de la evolución real.



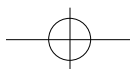
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

Suponiendo a los valores consignados en los Acuerdos Regionales para los años 1991 y 1992 como representativos de la tendencia real de las remuneraciones por cosecha, puede comprobarse que ambas curvas acompañan las tendencias del precio de venta del producto, la hoja verde de yerba mate. La fuerte caída en el precio de la materia prima yerbatera registrada a partir de mediados de los noventa plantearía condiciones favorables para que a fines de esa década se produjera la apertura del conflicto al interior del complejo. El proletariado cosechero hizo suyo el reclamo de “precio justo” que movilizaba a los pequeños y medianos productores primarios de yerba mate, aunque en ocasiones se manifestara al mismo tiempo en contra de los paros que realizaban estos últimos. La experiencia les sugiere que mediante un aumento en el precio del producto podrían incrementar también su salario. Su comportamiento reconoce en la lógica del mercado laboral un componente que excede a las condiciones de oferta y demanda propias del mismo, que refiere al precio del producto y se asienta sobre una noción más o menos compartida de lo que “es justo” en la distribución de ese valor. Esta noción y aquella referencia se hallan presentes en el momento de la negociación de la paga, y funcionan sobre la base del conocimiento que los demandantes, pero también los oferentes, poseen acerca de las condiciones de producción.

Posiciones, relaciones y transformaciones recientes en el empleo asalariado yerbatero

A los efectos de identificar las características que asume el empleo asalariado en el sector primario yerbatero y los cambios que en torno a él se registran actualmente, cabe diferenciar dos tipos de demandantes de fuerza de trabajo: por una parte, una pequeña burguesía agraria muy numerosa, mayoritariamente compuesta por productores familiares, que generalmente emplean obreros transitorios y en muchos casos contratan también a permanentes. Por otra parte, una burguesía agraria, propietaria de grandes extensiones de cultivo, que por lo general reside fuera de las explotaciones, y donde el autoempleo familiar resulta insignificante, efectuándose la producción exclusivamente con mano de obra asalariada.

Si bien el trabajo “en negro” posee una considerable incidencia en todos los estratos mencionados, corresponde señalar que tradicionalmente la mayor parte del empleo formal generado en la produc-

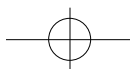




VÍCTOR RAU

ción primaria yerbatera provino de esta burguesía plantadora y agroindustrial. La contratación informal de trabajadores se ha encontrado mucho más difundida entre la pequeña burguesía agraria, aunque en tal sentido, al interior del conjunto de vínculos laborales que con esta categoría de empleadores se establecen, debe efectuarse una nueva diferenciación: mientras el empleo clandestino resulta generalizado para el caso de los trabajadores temporarios, el empleo formal, en cambio, conserva su importancia para los trabajadores permanentes contratados por miembros de esta fracción.

Recientemente, sin embargo, han venido produciéndose sensibles transformaciones en ese mapa. Estos cambios, que se verifican a lo largo de toda la última década pero con mayor profundidad desde mediados de la misma, afectan a las modalidades de empleo y al papel de los sectores empleadores, incidiendo en ambos casos sobre la condición legal del vínculo de trabajo en un sentido tendiente al incremento de los niveles de informalidad. En efecto, la disminución en los requerimientos de trabajo agrícola contraestacional con respecto a la cosecha de yerba mate expulsó a parte de la mano de obra asalariada que era empleada de forma permanente en las explotaciones. A la mecanización de la cosecha del té realizada tiempo atrás y a la más reciente introducción de nuevas tecnologías en los secaderos de ese producto –que antiguamente demandara importante cantidad de fuerza de trabajo asalariada, precisamente durante los meses en que disminuían los requerimientos yerbateros– se ha sumado la generalización del uso de herbicidas químicos para el desmalezamiento de plantaciones, tarea tradicionalmente realizada en forma manual durante los períodos de inactividad en la zafra. La desaparición de tales requerimientos laborales, que aseguraban al interior de las explotaciones agrícolas la ocupación durante todo el ciclo anual, promovió el proceso de eliminación de puestos permanentes, la transformación de estos trabajadores en cosecheros transitorios y su migración del campo a la periferia de las ciudades provinciales donde funcionan los centros de reclutamiento de mano de obra estacional. Los bajos precios del té a principios de los noventa, y principalmente la abrupta caída del precio de la yerba mate a fines de la década, contribuyeron considerablemente a acentuar esta evolución. En forma paralela se desarrolla otro proceso: en algunas empresas, la burguesía plantadora y agroindustrial yerbatera comienza a terciarizar las tareas de cosecha y transporte de yerba mate, estrategia que se difunde y profundiza desde mediados de los noventa. En consecuencia, el sector contratista al que trans-



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

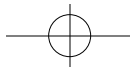
fieren estas tareas se expande notablemente, y con él se expanden las características del empleo asociadas a tales agentes: tradicionalmente, las más precarias del mercado.

En síntesis, puede identificarse una modalidad de empleo –el empleo permanente– y un sector empleador –la burguesía yerbatera– a los que se asocia en mayor medida la formalidad de los vínculos laborales. Durante el período reciente ambas categorías pierden peso en relación con el empleo transitorio y la contratación indirecta a través de agentes contratistas de mano de obra –agentes vendedores del servicio de cosecha– lo cual supone en uno y otro caso un incremento en la informalidad de los vínculos laborales que se establecen dentro del mercado de trabajo yerbatero.

Dejando al margen la mención de otros beneficios sociales legalmente vinculados al empleo, resulta preciso señalar que la pérdida de la formalidad en la relación laboral representa para muchos cosecheros un sustantivo deterioro de sus ingresos. Un obrero con cuatro hijos, por ejemplo –y generalmente los cosecheros se hallan al frente de familias muy numerosas–, percibe actualmente 160 pesos mensuales en concepto de Salario Familiar, mientras que por la tarea de cosecha percibe entre 150 y 200 pesos, suponiendo que durante el mes haya cosechado un promedio de 300 o 400 kg de yerba mate diarios. Debido a que el obrero cobra el Salario Familiar casi dos meses después de haber finalizado el trabajo correspondiente, el beneficio acaba cumpliendo una importante función en la reproducción de la fuerza de trabajo durante el período de desempleo posterior a la zafra. Lo mismo sucede con la Ayuda Escolar que recibe el asalariado un mes antes de iniciarse la campaña.

Pero habiéndose difundido además el pago en vales de compra o mediante la entrega directa de mercaderías al obrero como retribución por la cosecha, el ingreso proveniente de estos derechos sociales con frecuencia adquiere la particular importancia de constituir el único ingreso monetario accesible para el cosechero: “Casi... la mayoría de acá del barrio casi no ve plata. El que ve plata es porque tiene salario (Salario Familiar) y el que tiene el plancito (Plan Trabajar) ese para cobrar” (entrevista a cosechero, Oberá, 2000).

En efecto, la difusión de la modalidad del pago efectuado totalmente en mercadería constituye otra de las dimensiones del deterioro experimentado por las condiciones impuestas al obrero para la venta de su fuerza de trabajo. Además de acentuar la dependencia respecto al empleador restringiendo la libertad del asalariado en la esfera del

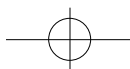


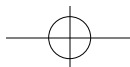
VÍCTOR RAU

consumo (Kautsky, 1989), el pago en mercaderías ha constituido tradicionalmente un mecanismo para redoblar la explotación del asalariado agrícola por medio de sobrepuestos aplicados a los bienes que se entregan en concepto de retribución salarial. Resulta imposible determinar la incidencia de este factor sobre el salario, puesto que los niveles de sobrepuesto resultan muy diferentes de un caso a otro; sin embargo, puede señalarse que el recurso a este tipo de fraudes salariales constituye una de las características asociadas a la intervención del contratista como empleador directo de mano de obra, y que en algunos casos el sobrepuesto duplica a los valores de mercado.

Los contratistas de mano de obra como agentes unificadores del mercado laboral

Generalmente la presencia de un importante grado de fragmentación geográfica constituye un rasgo que se destaca en la configuración de los mercados de trabajo rurales. Debido a la dispersión de los agentes en un espacio territorial relativamente amplio y a las dificultades existentes para el desplazamiento físico de los mismos, cada uno de ellos encuentra que el número de relaciones de intercambio posibles se halla restringido a las que caben dentro de cierta área geográfica. Una distancia excesiva entre la localización del punto donde se realizará el trabajo y el lugar de residencia del trabajador entra en tensión con la propia vida social y familiar de este último; es decir, cambia cualitativamente las condiciones del empleo, lo cual representa, si no un obstáculo, un factor de diferenciación al interior de un mercado que pudiera suponerse en lo demás homogéneo. Pero aun antes de que este elemento se presente, la escasez de información disponible favorece ya la fragmentación geográfica al acotar las posibilidades de encuentro entre los agentes. En los mercados de trabajo rurales, los medios de comunicación masiva, e incluso los individuales, resultan con frecuencia de difícil acceso o se muestran poco apropiados como instrumentos de búsqueda. Al mismo tiempo, las redes personales, si bien intensas, poseen baja densidad numérica y presentan un limitado alcance efectivo a causa de las características sociodemográficas propias del ámbito rural. Sin embargo, en el caso de la actividad yerbatera, la intermediación de las relaciones laborales desarrollada por la importante difusión reciente del sistema de contratistas ha tendido a





RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

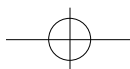
unificar regionalmente el mercado de trabajo erosionando en cierta medida la fragmentación local inherente a su estructura.

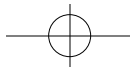
El más importante capital del contratista consiste en las relaciones que crea con los oferentes y, principalmente, con los demandantes de fuerza de trabajo¹⁶. Debe disponer de cuadrillas de cosecheros y encontrar productores de yerba mate que demanden esa fuerza de trabajo. Los contratistas de mano de obra reclutan actualmente a sus trabajadores en las áreas periféricas de algunas ciudades provinciales donde, por efecto de la migración proveniente del campo, los barrios obreros experimentaron una expansión no menos notable que la del mismo sector intermediario¹⁷. La oferta de esta capacidad laboral geográficamente concentrada, en cambio, la realiza el contratista a lo largo de toda la región yerbatera, que se extiende por la mayor parte del territorio de Misiones y el extremo Norte de la provincia de Corrientes, desarrollando procesos de búsqueda a través de sistemas de relaciones con agentes locales que facilitan el acceso a la demanda laboral.

Si en situaciones de escasez de mano de obra este tipo de unificación del mercado puede favorecer a los sectores oferentes, en las condiciones actuales y de acuerdo con el modo en que se realiza esta unificación, el proceso potencia el debilitamiento de los trabajadores para la negociación de las condiciones de venta de su capacidad laboral. La desaceleración del crecimiento económico en los centros industriales del país contribuyó al incremento del desempleo de la capacidad laboral, el cual se ha transformado en un fenómeno constante también dentro del mercado de trabajo agrario regional. En este contexto, la unificación del mercado de trabajo, al incrementar el número de agentes capaces de competir entre sí, acentúa por sí misma los efectos de la sobreoferta. En el caso yerbatero ello se verifica a dos niveles. En primera instancia, la concentración física de miles de trabajadores desocupados en los barrios obreros, principalmente de la ciudad de Oberá, pero también en otras localidades de la zona Centro provincial; en tanto no alcanzan a organizar corporativamente su oferta y compiten entre sí por la contratación, debilitan sustantivamente la capacidad de negociación individual: "Vienen a

16 Se trata de un capital social (en el sentido de Bourdieu, 2000) con validez para el campo económico.

17 Se registra aquí también, por lo tanto, el crecimiento del reclutamiento urbano de trabajadores rurales, fenómeno que ha venido señalándose para otras regiones del país (Aparicio, Giarracca y Teubal, 1992) y Latinoamérica (Klein, 1985).





VÍCTOR RAU

Oberá, si acá está lleno. Acá está lleno de gente que por 5 pesos van a trabajar (...). Ahora empezaron a hacer cuadrilla. Hay un señor (contratista) que se dedica en eso, nocierto (...) le manda el camión y carga y lleva y le pone debajo de la carpita y tarifea (cosecha). Ese es el que hace todo, él coordina todos los tareferos. (...) ¡Y hay gente mira...! Porque Oberá está lleno de gente desocupada” (entrevista a trabajador permanente, Oberá, 2001).

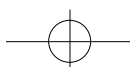
“-¿Y el contratista a su vez tiene que conocer mucha gente (cosecheros), para tener así...?”

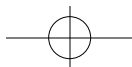
-Ni que no conozcas llevas. Llevas igual porque sabes que el tipo... (...) Igual que como acá hacemos una olla popular, los que llegan comen. Así es, así es. El contratista es lo que..., el que llegó comió” (entrevista a ex-contratista, Oberá, 2001).

En segundo término, el traslado de esa oferta a otras áreas geográficas donde compite con los oferentes locales introduce un elemento externo que altera las condiciones propias de los mercados territorialmente configurados y tiende a nivelarlas con las que se registran allí donde son mayores los efectos de la sobreoferta: “Hoy hay gente también de otras localidades, puede venir gente, yo te digo una cuadrilla de servicios que trae su..., a lo mejor de Oberá te ofrece el servicio, ‘tenemos personal para cortar’, y bueno se viene y te corta acá, viene el lunes se va el viernes, se queda acá con toda su gente (...). Yo te diría que se está usando mucho el servicio de contratación de mano de obra de... de... de servicios de terceros, pero hay muchas empresas que tienen mucha gente (...). Yo creo que... que ahora se están usando por los costos, porque es más, más fa... digamos, menos costoso” (entrevista a empresario de agroindustria integrada, Apóstoles, 1999).

“Ahora, la realidad nuestra, de Eldorado, la mayoría de los tareferos no son de Eldorado, son de otras zonas. Vienen de Campo Grande, de Campo Viera. Son contratistas que van y los buscan; los traen y están dos semanas trabajando fuertemente acá, en su mayoría. Por ejemplo, acá hay un secadero privado que tiene su cuadrilla..., pero el resto, en su mayoría trae gente de otro lado” (entrevista a técnico del INTA, Eldorado, 2000).

“Los contratistas que vienen de zona Centro, esos que vienen a hacer trabajos acá. Y... generalmente vienen con mejores precios. (...) Vienen acá y te dicen ‘bueno, le puedo hacer la cosecha esta’ y bueno, vos le das determinados yerbales y que ellos se contacten con los dueños a ver si les interesa que esta gente les haga o no la cosecha (...). Ellos (los productores) se arreglan con sus contratistas, o con el con-





RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

tratista que vos le hayas mandado, y le compras al productor puesto en secadero; esa es la modalidad. Inclusive para evitar todo tipo de riesgos” (entrevista a empresario de secadero, Apóstoles, 2000).

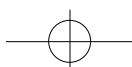
Los factores que permiten a los contratistas ofrecer “mejores precios” por su servicio, y a través de los cuales el proceso de cosecha resulta “menos costoso” para los empleadores, son básicamente: los salarios deprimidos que aceptan los cosecheros allí donde se concentran miles de oferentes de fuerza de trabajo –desocupados; el empleo clandestino que permite eludir los costos patronales de la contratación formal; y las diferentes modalidades de fraude en el pago de los salarios.

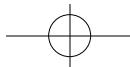
Dependencia, disciplinamiento y transformación del destajo en el proceso productivo yerbatero

Otras dos condiciones deben aceptar actualmente muchos cosecheros para que se les compre su fuerza de trabajo. La primera afecta sólo a aquellos que son empleados por contratistas: deberán vivir temporariamente en el lugar de trabajo. La segunda es de alcance general: deberán incluir en lo cosechado una menor proporción de palo que el admitido tradicionalmente junto con la hoja de yerba.

Los contratistas que venden el servicio de cosecha a considerables distancias de su localidad de origen trasladan sus cuadrillas hasta la plantación donde los obreros deberán permanecer “acampados” junto a los yerbales mientras realizan el trabajo. Así, los cosecheros habitan bajo carpas levantadas por ellos mismos para la ocasión, con trozos de polietileno negro y durante períodos que raras veces resultan inferiores a las dos semanas o superiores al mes. La mayor parte de la zafra de la yerba mate se realiza en invierno. Los cosecheros que se emplean a través de este sistema permanecen separados de su familia, en regiones por ellos desconocidas, a veces inactivos durante las prolongadas lluvias, sin disponer de infraestructura habitacional alguna. En general, los trabajadores entrevistados se han referido a esos viajes como a lo peor que puede sucederle a un obrero; sin embargo, cada vez son más los que participan en ellos obligados por la ausencia de otras opciones de empleo.

Además de las desfavorables circunstancias mencionadas, la condición de aislamiento que el traslado a aquellos lugares representa los somete a un alto grado de dependencia respecto a quienes dirigen





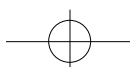
VÍCTOR RAU

el proceso productivo. El contratista “adelanta” periódicamente a cada uno de los obreros cierta cantidad de víveres que serán descontados de su salario en el momento del pago. Alrededor de dos veces por semana el mismo camión que recoge el producto cosechado lleva mercaderías para los obreros que permanecen en el yerbal.

Desde luego, en tanto trabajador transitorio ningún cosechero cuenta con seguridad frente al despido, que es el mecanismo más usado para sancionar el “mal desempeño” o la insubordinación en el trabajo. El poder para disciplinar la mano de obra ejercitado por esta vía aumenta, naturalmente, en proporción similar a los niveles de desocupación que presenta el mercado, en tanto la dificultad prevista para encontrar otro empleo favorece una mayor subordinación del obrero en el proceso productivo. Tal circunstancia ha venido afectando a la generalidad de los cosecheros de yerba mate; pero en el caso específico de aquellos que trabajan para contratistas en zonas alejadas de su lugar de residencia se suma un elemento de otra índole. Allí el despido interrumpe el suministro de víveres, y sin medios económicos resulta difícil regresar al hogar antes de que se transporte al resto de la cuadrilla: “Le marcan a esa persona que no sabe hacer el trabajo o que no va a saber hacer el trabajo (...) Ya le prueban. Del principio ya le prueban con poca mercadería, entonces ya... Y si hace mal el trabajo así, ahí ya le largan, y tenés que venir a pie” (entrevista a cosechero, Oberá, 2000).

“La mayoría de las veces tenés que largarte a pata (caminando) porque te larga el capataz y te dice ‘bueno, si vos vas a aguantar el hambre quedate, sino anda nomás a tu casa’. Y ahí tenés que largarte a pie. Algunas veces de kilómetros... hasta de 100 kilómetros tenés que largarte a pata. Te lleva casi un día para caminar. (...) Porque (en el yerbal) no vas a tener qué comer” (entrevista a cosechero, Oberá, 2000).

Por lo demás, con la permanencia de los obreros en las plantaciones se prolonga al máximo la jornada laboral eliminándose el tiempo utilizado, en otras circunstancias, para el traslado diario de la mano de obra. Dada la modalidad de pago a destajo, los obreros se muestran personalmente interesados en aumentar su salario prolongando la jornada laboral e intensificando el trabajo, para lo cual no es necesario el ejercicio de poder alguno sobre ellos. En el caso de la zafra yerbatera, las mayores tensiones entre quienes dirigen el proceso productivo y quienes lo ejecutan aparecen en torno a ciertas dimen-





RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

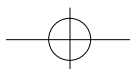
siones cualitativas del trabajo, que tienen sin embargo consecuencias cuantitativas sobre el salario.

En efecto, los trabajadores de la yerba mate coinciden actualmente en señalar que las condiciones pautadas para ejecutar la tarea han venido variando en detrimento de su salario quincenal: “Hay mucha delicadeza (...) porque si tiene semilla tenés que dejar también, o va sólo la hoja y no va el palo. Así te rinde poco. Antes no. Antes mandaban la planta entera. Ahora no. Ahora rinde poco” (entrevista a cosechero, Oberá, 2000).

“Porque fíjese que un tarefero, por más guapo que sea, hoy la delicadeza de la quebranza, por ejemplo, cambió mucho a comparar de siete, ocho años atrás. Porque hoy la yerba se corta el 30 % de la hoja (...). Y no se hace tantos kilos. Se hace más o menos... Un tarefero bien guapo; y bueno, va a hacer 350, 400 kilos. Y 300 kilos son 6 pesos por día” (entrevista a cosechero, Jardín América, 2000).

Alrededor de estos aspectos de las labores es donde se manifiesta con más frecuencia el enfrentamiento entre el control patronal y las tentativas del trabajo por vulnerarlo e imponer sus propias condiciones. Como hemos señalado anteriormente, un mercado de trabajo sobreofertado favorece el disciplinamiento de la mano de obra. No es al empleador, como en situaciones de escasez, sino al empleado a quien se impone la urgencia de establecer y conservar la relación laboral. Ello explica en gran medida que durante el último período haya podido cambiarse la forma del destajo, sin variarse el monto de su pago, operando una reducción efectiva del salario quincenal. Todavía, actualmente, es en estas discrepancias sobre la forma del destajo donde se origina la mayor parte de aquellos desacuerdos que interrumpen anticipadamente el vínculo entre empleador y empleado.

No es el objetivo de este estudio determinar con exactitud el cuánto de la reducción salarial operada por esta vía. Sin embargo, puede señalarse al respecto que los actores involucrados declaran que un cosechero con igual destreza y capacidad física, trabajando en plantaciones de igual calidad, diez años atrás pesaba por jornada una cantidad cercana al doble del producto que logra cosechar actualmente. Esto representa sencillamente una reducción del 50% en su salario. Con ello finalmente hemos incorporado a la medida del pago a destajo, cuya evolución reseñamos más arriba, aquella dimensión temporal rigurosamente necesaria para determinar el precio efectivamente abonado por la fuerza de trabajo; es decir, el





VÍCTOR RAU

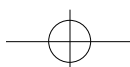
salario que recibe el obrero por el uso de su capacidad laboral durante un determinado tiempo¹⁸.

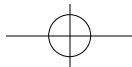
Reflexiones finales acerca de las dimensiones del deterioro en las condiciones de venta de la capacidad laboral

Hemos partido de considerar la dimensión más directamente perceptible entre las variables condiciones que se establecen para el intercambio de fuerza de trabajo agrícola en la cosecha yerbatera. El precio del destajo se presenta bajo la apariencia de ser la manifestación directa de las condiciones de venta de la capacidad laboral. En torno a este precio se negocia la paga, y en la variación de este precio se concentra el discurso de protesta de los cosecheros cuando aluden a su actividad laboral y reclaman, con el aumento en la cotización del producto, un incremento en el pago por cosecha. Es que, en este sentido, el precio del destajo asume para los agentes un lugar similar al que ocuparía en otros casos el salario. Pero en rigor, como hemos visto, aquel precio no constituye todavía el salario. Y, más aún, tampoco constituye una medida precisa a partir de la cual pudiera evaluarse el nivel alcanzado por el mismo.

Esta insuficiencia se manifiesta tan pronto indagamos en una condición que opera de modo implícito en la transferencia de la fuerza de trabajo. Nos referimos a la forma del destajo. Al parecer, la

18 Si en la modalidad más corriente de asalarización se retribuye al obrero la transferencia de su capacidad laboral en la medida del tiempo en que esta estuvo disponible para ser usada productivamente por su comprador, en la modalidad de pago a destajo ese tiempo se mide en la materialización ya concluida de aquel uso en unidades de producto. Aquí el destajo mismo constituye la dimensión cualitativa del trabajo pues determina la forma en que una labor deberá ser realizada para producir aquella obra en que se la reconoce y cuantifica. Por eso afirma Marx (1994: 674) que "la calidad e intensidad del trabajo están controladas aquí por la forma misma del salario". Pero en la medida en que la forma del destajo varíe, podrá variar también el tiempo de trabajo ajeno objetivado en los productos que sirven para cuantificarlo, y mientras no se trasladen estas variaciones al pago se operará, por esa vía, una alteración cuantitativa del salario. En rigor, lo que en este sentido registra el caso de la producción yerbatera es una alteración cuantitativa del salario, provocada de una parte por el cambio cualitativo de aquello que se reconoce como trabajo, y de otra por la forma del producto en que ese trabajo se reconoce. En una palabra, por una transformación en el destajo y la unidad de medida de su pago. Veamos la cuestión con más detalle: el destajo se modifica al incorporar la actividad de desechar una mayor cantidad de palos y semillas durante la cosecha y al mismo tiempo -lo que es más importante- esa mayor cantidad de palos y semillas desechadas del producto queda, naturalmente, fuera de la medida que da lugar al pago. Se trata pues de una nueva unidad de medida que reconoce en cada kilogramo cosechado el uso de la fuerza de trabajo durante una mayor cantidad de tiempo. Lo cual equivale a decir que, inalterado el pago por kilogramo de producto, se otorga una inferior retribución por el tiempo de trabajo del obrero o, simplemente, que la fuerza de trabajo se abona a un menor precio.





RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

modificación de la forma de ejecutar y contabilizar el trabajo de cosecha –en el sentido del deterioro del salario del obrero– ha transcurrido de modo gradual a lo largo de toda la última década, a diferencia de lo ocurrido con el precio, cuyo descenso viene registrándose hace tres o cuatro años. Hemos visto que, aun si se supone constante el precio del destajo, la reducción del salario operada por esta vía durante los últimos diez años resultaría cercana al 50%. Es decir, si para identificar la reducción del precio del destajo bastaba con mantenerse en la esfera del intercambio, para completar una visión acerca del salario fue preciso dirigir la mirada también hacia el mismo proceso productivo.

Pero aún resulta necesario, en este caso, atender a otra dimensión de importancia, relacionada con las instituciones formales que regulan legalmente los vínculos de trabajo.

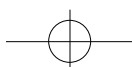
En efecto, en nuestra exposición –y dejando de lado otros elementos pertenecientes al mismo ámbito– quisimos, en ese sentido, subrayar que las asignaciones familiares poseen sobre el ingreso total de los asalariados cosecheros de yerba mate una gravitación muy superior a los niveles comúnmente registrados en los empleos del medio urbano, lo cual debe tenerse presente cuando se considera el retroceso experimentado por el empleo formal.

Finalmente, también nos hemos referido por una parte a la modalidad de pago en mercaderías, que en la última década se ha extendido entre los distintos tipos de empleadores, y por otra a las modalidades de fraude salarial, y al traslado y permanencia en yerbales extrazona –prácticas que, si bien siempre habían existido, han tendido a difundirse durante los últimos cinco años, asociadas principalmente a la expansión del sector contratista.

Sobre las condiciones para la protesta de los asalariados agrícolas

Señalamos anteriormente que la agrupación a partir de un oficio determinado –como en este caso el de los *tareferos*– es el principio que rige todo asociacionismo gremial.

Diremos además que la lucha por obtener “mayores ventajas” en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo –y por mejorar las condiciones de vida y de trabajo para los obreros– es el ámbito dentro del cual se desarrolla la actividad sindical, esto es, el espacio de la lla-

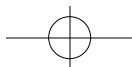


mada “lucha *económica*” (Lenin, 1988)¹⁹. Según tesis clásicas y de acuerdo a la experiencia histórica, se sostiene que las posibilidades del desarrollo espontáneo de la conciencia del proletariado generalmente quedan restringidas a dicho ámbito. Ello no quiere decir, desde luego, ni que toda protesta obrera espontánea deba tener necesariamente un contenido económico, ni que el sindicalismo sea la única actividad capaz de generar protestas que posean semejante contenido. Cabe señalar además, como diferencia respecto al mundo urbano-industrial, que dentro de los horizontes de la campaña resulta aún menos probable el surgimiento de organizaciones sindicales capaces de alcanzar un desarrollo significativo o la implementación de formas de lucha sistemáticas por parte de los asalariados sin la intervención de agentes externos²⁰.

Cuando se enumeran los rasgos peculiares de los mercados de trabajo rurales, acostumbra señalarse, precisamente, que ellos constituyen medios más bien desfavorables para el desarrollo del sindicalismo. Desde luego, históricamente, no ha sido esta la única práctica capaz de dar forma al impulso de los proletarios rurales hacia la protesta. Desde las conocidas “explosiones de violencia” –revueltas o motines en plantaciones o lugares de residencia con alta concentración de trabajadores– hasta las guerrillas rurales, pasando por el bandolerismo social o el milenarismo, las luchas protagonizadas por esta fracción han asumido formas muy diversas. Puede no obstante destacarse la importante persistencia del elemento “primitivo”, en el sentido de lo prepolítico y lo premoderno (Hobsbawm, 1974), como característica común a muchas de ellas. En rigor, el propio empleo asalariado en áreas rurales, en términos generales, con frecuencia se presenta como una incursión de las relaciones de producción capitalista allí donde estas se hallan desarrolladas menos profundamente. Desde

19 En nada se altera la definición cuando, en lugar de constituir bolsas de trabajo, organizar boicots o huelgas, las uniones sindicales persiguen estos mismos fines en el terreno jurídico, impulsando regulaciones legales, o dirigen sus reclamos a quienes administran el poder ejecutivo del Estado -dejamos de lado la discusión, que no viene al caso, acerca del llamado “sindicalismo revolucionario”.

20 Así, por ejemplo, Ángel Rocha señala, para el caso del Uruguay, a la “presencia de organizadores externos” como uno de los principales elementos que posibilitaron la sindicalización rural: “Las reivindicaciones de esos trabajadores fueron apoyadas desde afuera por la presencia de organizadores, cuyo objetivo era impulsar las incipientes formas de organización. Estos organizadores provenían de la misma clase trabajadora urbana o de militantes sociales y políticos que bajo diversas modalidades se insertaban en ese medio como una palanca” (Rocha, 1991: 7). En el sentido de la relación entre la lucha del proletariado rural y el urbano, véase especialmente el punto sobre “La defensa del proletariado rural” en el trabajo clásico de Karl Kautsky sobre *La cuestión agraria* (Kautsky, 1989).



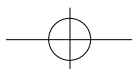
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

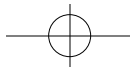
luego, puede encontrarse en este sentido una gran variedad de situaciones. Así, por ejemplo, puede que en algunas producciones la demanda de trabajo asalariado sea abastecida por miembros de sociedades tribales. Pero también allí donde predominan las pequeñas y medianas empresas agrícolas, el empleo doméstico productivo y reproductivo de la capacidad laboral, el intercambio de trabajo bajo la forma de la “ayuda mutua” entre los pequeños propietarios de medios de producción y toda una diversidad de relaciones y formas de organizar el trabajo que se articulan en el funcionamiento del modo de producción capitalista sin corresponderse con el modelo típico del mismo, conservan una incidencia mucho mayor comparada con la que registra el ámbito urbano e industrial.

Una economía monetaria extendida menos vigorosamente, el considerable peso de la comunidad con sus relaciones personales a expensas de relaciones instrumentales de asociación, y un bajo desarrollo de la división social del trabajo, se cuentan entre los trazos que definen las imágenes típicas del cuadro rural. Si no es extraño que la impronta de semejante contexto se visualice en las peculiares configuraciones de los mercados de trabajo rurales, tampoco debe llamar la atención que las formas asumidas por la protesta de los asalariados agrícolas reciban determinaciones específicas provenientes de aquel contexto en que tienden a sobrevivir por más tiempo los elementos premodernos. No nos introduciremos en la discusión inaugurada en los sesenta por quienes abrevando en los escritos de Frantz Fanon vieron en algunos de aquellos elementos el punto de apoyo cultural de una lucha efectiva por la “descolonización” de las sociedades dependientes²¹. Tampoco intentaremos ahondar aquí en las determinaciones que operan sobre cada una de las formas de lucha del proletariado rural registradas como casos históricos. Lo que buscamos es identificar cuáles son las principales condiciones que posibilitaron la emergencia y determinaron la forma, específicamente, de las recientes protestas de *tareferos* en Misiones.

Tomamos a la organización sindical como referencia porque constituye el antecedente más relevante en cuanto a la organización de acciones colectivas por parte de los cosecheros de yerba mate y porque consideramos que las actuales protestas comparten con aquel tipo de organización no sólo el principio gremial presente en el modo

²¹ Véase, por ejemplo, el *Isidro Velásquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* de Roberto Carri (1973).





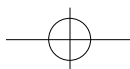
VÍCTOR RAU

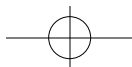
en que se constituye la identidad colectiva de los sujetos, sino también, de un modo peculiar, el contenido estrictamente económico de los objetivos que persigue. En el mismo sentido, nuestro análisis toma como referencia una serie de factores que tradicionalmente han sido identificados como obstáculos o limitaciones para el desarrollo del sindicalismo en áreas rurales, pues vemos en la mayoría de ellos elementos condicionantes que valen también para otras formas de organización de los reclamos económicos de un sujeto gremial.

Nuevas posibilidades para la protesta: la urbanización de los asalariados agrícolas

En el apartado anterior nos hemos referido a la tendencia a la expulsión de mano de obra permanente de las explotaciones agrícolas misioneras y mencionamos el proceso de migración de estos trabajadores a las áreas periurbanas de las ciudades cercanas, espacios donde se conformaron recientemente importantes barriadas obreras. Cuando en Misiones se habla de la actual crisis que atraviesa parte del agro, con frecuencia se alude a este proceso migratorio que preocupa especialmente a las clases medias urbanas por cuanto supone la continuidad del fuerte crecimiento experimentado, durante los últimos años, por las llamadas “villas”. Este crecimiento tomó, durante la última media década, dimensiones desconocidas para la región. En uno de los más populosos barrios obreros de Oberá, un *tarefero* nos explica que el proceso de poblamiento del lugar, más que paulatino, fue “de golpe”: “Más de golpe. Fue en estos últimos 2 o 3 años que se empezó a poblar. Porque nosotros, hace 5 años que vinimos acá. Esto acá era todo tesimal todo, tesimal todo, todo por ahí abajo era todo tesimal. Cuando nosotros vinimos tuvimos que sacar las plantas de té y nos ubicamos ahí. Hace cinco años, y mira la cantidad de casas que hay ahora. Para allá para atrás, para allá para abajo, para acá para abajo, para allá. Llenísimo. Lleno. No hay lugar” (entrevista a cosechero, Oberá, 2001).

En Jardín América y otras localidades de la zona Centro recogimos testimonios similares. La desaceleración del crecimiento económico en la Argentina durante los últimos años ha contribuido al incremento del desempleo abierto de la capacidad laboral en todo su territorio. Un proceso de expulsión de mano de obra agrícola como el que acontece en Misiones supone que la superpoblación relativa exis-





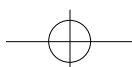
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

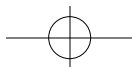
tente en el campo sale de su estado latente y pasa a hacerse visible. Pero hallándose cerrados los canales de desagüe hacia los grandes centros industriales del país o hacia cualquier otra fuente de empleo, ella ha tendido a estancarse en la periferia de las pequeñas ciudades provinciales. Cada vez más, el capital agrario recluta entre esta superpoblación relativa estancada a los miembros de su ejército obrero activo que, luego de ser empleado en la zafra, pasará nuevamente a la reserva²². Los proletarios que pueblan estos nuevos barrios confirman que todos ellos vivieron anteriormente en el campo, y responden que debieron asentarse allí porque en el campo tenían aún menos posibilidades de subsistir. Los municipios instalan en estos focos de pauperismo comedores comunitarios para asistir a la población. La existencia de “el comedor” es reconocida por estos proletarios agrícolas como el principal beneficio de vivir allí. Mientras permanecen sin empleo –principalmente durante el verano– pueden comer al menos una vez por día pues tienen asegurada la ingestión de un plato de comida a la hora del almuerzo, a excepción de los fines de semana cuando se suspende el servicio de asistencia²³. Casi todos, durante el invierno, alcanzan a trabajar, más o menos constantemente, en la cosecha de yerba. Afirman que en estos barrios periurbanos tienen mayores posibilidades de conseguir empleo que si se quedaran en el campo. Por cierto, esto debe ser así en la medida en que la reconfiguración del mercado de trabajo se ha institucionalizado socialmente adquiriendo estos barrios el atributo de ser los espacios donde oferentes y demandantes de fuerza de trabajo se buscan entre sí. Allí es donde los agentes de la demanda encuentran con más facilidad las mejores ofertas y también los oferentes tienen mayores posibilidades de encontrar a la demanda, aun cuando el mercado, como en este caso, se halle sobresaturado.

Merece señalarse que la forma específica adoptada por el estancamiento de la superpoblación relativa dentro de estas áreas, en tanto modifica la estructura de los mercados laborales agrícolas, podría estar alimentando un desarrollo tendiente a autoimpulsarse hasta ciertos límites. Efectivamente, el mercado laboral yerbatero nunca

22 Sobre los conceptos de ejército obrero activo y ejército de reserva, y sobre la noción de superpoblación relativa en sus formas fluctuante, latente y estancada, véase principalmente el capítulo XXIII de *El Capital* (Marx, 1994).

23 Generalmente, cuando se producen movilizaciones los municipios incrementan la ración en estos comedores para evitar que una mayor cantidad de personas “se peguen” a la protesta de las carpas y a las ollas populares que funcionan en ellas.





VÍCTOR RAU

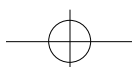
antes había dado señales claras de permanecer sobreofertado aun durante la época de cosecha. Tal situación constituye un fenómeno relativamente novedoso. Desde sus comienzos, la demanda proveniente de la actividad había atraído contingentes de trabajadores migrantes –“golondrinas”– desde la vecina Corrientes, y en menor medida desde Paraguay, Brasil y la provincia del Chaco. Sólo a partir de la década del ochenta la cosecha de yerba mate dejaría de movilizar a trabajadores con residencia extrarregional.

Hasta entonces la relativa escasez de mano de obra para la zafra había constituido una preocupación recurrente para los medianos y los grandes productores de yerba mate²⁴. Cabe considerar esta preocupación como uno de los factores que motivaron a aquellos productores para promover la radicación de peones asalariados en sus explotaciones. Junto con ello debieron existir tareas contraestacionales a la cosecha de yerba, como las de limpieza, replante o aquellas vinculadas a las nuevas producciones con que fueron diversificándose las unidades productivas misioneras –té, *tung*, cítricos, etc.– y ciertas perspectivas de acumulación, factores que permitieron ofrecer empleo a la mano de obra asalariada durante todo el año. Generalmente los productores misioneros también autorizaban a las familias obreras para el uso de determinadas superficies del suelo en la práctica de cultivos de subsistencia. Otra parte de la oferta de mano de obra empleada, en este caso transitoriamente, provenía de los campesinos semiproletarios, ocupantes o propietarios de pequeñas parcelas dentro de la región.

En el mercado laboral yerbatero esta fue la situación imperante, al menos, hasta los ochenta. Sólo durante la última década comienza a hacerse perceptible una constante sobreoferta de capacidad laboral en el mercado de trabajo agrario, un crecimiento de los reservorios locales de mano de obra agrícola semiocupada y, en definitiva, la constitución de un gran ejército de reserva capaz de abastecer a los picos de demanda de mano de obra transitoria correspondiente al ciclo agrícola. Cualquier productor yerbatero puede contar ahora con que en todo momento del año hallará suficiente capacidad laboral, ofrecida a bajo costo.

Si la situación de sobreoferta ha contribuido al deterioro de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo cosechera y el sistema de contratistas permite eliminar buena parte de los costos de transac-

24 A partir del año 1983 las menciones a la escasez de mano de obra para la cosecha de yerba mate desaparecen de las memorias y balances generales de la Asociación Rural Yerbatera Argentina.





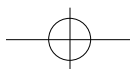
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

ción presentes para el empleador en la operación de compra, no resultaría extraño que el proceso expulsorio de asalariados permanentes empleados en las explotaciones agrícolas de la provincia continúe desarrollándose bajo la influencia de esta nueva situación. Que al mismo tiempo esta situación se profundice alimentada por aquel proceso, junto con el de la descampesinización-migración de capas semiproletarias, y vaya operándose así una reducción en los niveles de sobrepoblación relativa latente localizada en el campo. La dinámica propia de este proceso se sumaría entonces a la mencionada introducción de tecnología ahorradora de mano de obra, al descenso en la rentabilidad de las explotaciones agrícolas y al abandono de algunas producciones al interior de las mismas, para explicar la migración de los trabajadores.

Pero más allá de esta posibilidad, tal como se desarrolló hasta hoy, el proceso ha involucrado un cambio de los ámbitos de residencia de un número importante de trabajadores agrícolas, el traslado de una masa de familias obreras desde el área rural a nuevos barrios periféricos de algunas ciudades. Ahora bien, cuando en los estudios que tratan la cuestión del sindicalismo agrario se identifican los obstáculos para la organización y el desarrollo de semejante actividad corporativa o de otros tipos de acciones colectivas de resistencia sistemáticas entre los asalariados agrícolas, se hace alusión a todo un conjunto de obstáculos provenientes, precisamente, de la permanencia de los trabajadores en el medio rural.

Se afirma que estos asalariados carecen de “una auténtica ‘conciencia de clase’” por cuanto no llegan a percibir la naturaleza de aquellos problemas que los afectan ni sus posibles soluciones (Luparia, 1973). Entre otros elementos, esta característica se presenta asociada al estado de aislamiento del trabajador rural respecto de los centros culturales, de los que se halla separado por largas distancias. Ello determina la persistencia de “bajos niveles de instrucción y un estado de marginación respecto de toda expresión de cultura” (Luparia, 1973; Kautsky, 1989), pero también la llamada “invisibilidad social” del asalariado agrícola y sus organizaciones, una “falta de reconocimiento social” que “aisla y favorece la represión” (Rocha, 1991), y deja a estos trabajadores expuestos a las sanciones extralegales que derivan de las estructuras de poder local (Luparia, 1973).

Mayor importancia todavía se otorga a la dispersión de los trabajadores que supone su residencia en el medio rural. Se señala que estos obreros se hallan desperdigados en inmensos territorios donde





VÍCTOR RAU

además resultan escasos los medios de comunicación, y que esta situación determina el aislamiento recíproco, impidiendo la existencia de cualquier tipo de lazo directo entre ellos que pudiera concebirse como base para la organización de acciones colectivas (Luparia, 1973; Kautsky, 1989; Rocha, 1991).

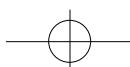
Al mismo tiempo en que se encuentran distanciados unos de otros, “las particularidades de sus tareas y del medio ambiente los acercan social y culturalmente a los pequeños y medianos productores”. En particular, para el caso de los asalariados permanentes, se recuerda que “conviven de ordinario con el patrón, a veces comparten largas jornadas de labor conjunta” (Luparia, 1973). Se especifican como obstáculos los “vínculos paternalistas” o las “relaciones personales” generadas entre trabajadores y patronos (Luparia, 1973; Forni y Neiman, 1993). Se señala además la situación de elevada dependencia personal que afecta a aquellos asalariados que viven en el mismo predio, para quienes la pérdida del trabajo significa al mismo tiempo el desalojo, la pérdida de la vivienda (Marx, 1994; Rocha, 1991).

Se dice además que “el origen ‘campesino’ de los ahora trabajadores asalariados tiñendo (sic) sus planteos y reivindicaciones por demandas de acceso a la tierra antes que sobre aspectos específicamente laborales” (Forni y Neiman, 1993) dificulta el emprendimiento de acciones de resistencia de los asalariados en tanto tales (Boege, 1977).

También el involucramiento de ciertos grupos de trabajadores en ciclos migratorios que implican “cambios casi periódicos de residencia” es considerado como otro obstáculo (Forni y Neiman, 1993). Además se afirma que la diversidad de tareas que realizan los asalariados rurales redundan en falta de objetivos comunes (Luparia, 1973).

Puede afirmarse que todos los obstáculos o limitaciones enunciados hasta aquí, cuando existieron en cada uno de los casos, han tendido a ser removidos parcial o totalmente por el mismo proceso que determinó la urbanización de un importante número de obreros agrícolas en Misiones. Debe quedar claro, sin embargo, de qué casos estamos hablando: nos referimos sólo a los obreros agrícolas “semioocupados”, que actualmente residen en los barrios periféricos de las localidades provinciales, donde se han registrado las principales protestas de *tareferos*. Estos obreros han salido de aquellas mismas situaciones en las que, por cierto, permanecen la mayor parte de los proletarios y semiproletarios agrícolas de Misiones.

Nos interesamos entonces sólo por la situación de aquel sector de residencia periurbana que ha experimentado un notorio crecimen-





RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

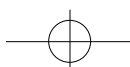
to y que ha constituido la base social de los recientes movimientos de protesta. Entre las condiciones que afectan a esta capa semiocupada del proletariado agrícola no sólo pueden hallarse novedades, sino también persistencias. Más aún, no solamente la eliminación de ciertos obstáculos para la organización de esta fracción de clase en defensa de sus intereses colectivos resulta novedosa; en el mismo proceso también se constituyen nuevas limitaciones que afectan de un modo específico a este sector de los *tareferos*.

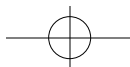
Obstáculos que persisten: los llamados “caracteres individualistas” y los “bajos niveles de solidaridad”

Junto con las tesis acerca de la “carencia de conciencia de clase” e incluso de la “falta de conciencia gremial”, algunos autores afirman todavía algo más: sostienen que generalmente puede verificarse cierta “carencia de solidaridad” entre los asalariados agrícolas, y que estos trabajadores tienden a exhibir “un carácter excesivamente individualista” (Luparia, 1973). No sólo la mencionada situación de aislamiento propia de la vida en el medio rural puede incidir en este sentido; también la forma en que se organiza el proceso productivo y el modo en que se realiza el pago de las tareas de cosecha ejercen influencia.

Llevando directamente el problema al caso de los cosecheros de yerba mate, puede comprobarse que, por grande que sea el grupo de asalariados reunidos por un capital agrario en determinada plantación, la organización del proceso de trabajo no avanza sustantivamente en el terreno de la cooperación. Sólo el agrupamiento en el mismo lugar de trabajo, el emprendimiento simultáneo de la misma tarea desde distintos lados y la función directiva del capataz, nos hablan aquí de obreros colectivos que combinan sus destrezas individuales. Pero en la zafra yerbatera cada obrero corta, quiebra y embolsa su parte del producto, es decir, ejecuta las diferentes operaciones del proceso de cosecha de modo individual y esencialmente autónomo, sin que se divida entre ellos este trabajo²⁵. A cada obrero se le computa la cantidad de trabajo realizado individualmente, cantidades de acuerdo con las cuales se abona a cada uno de ellos diferentes salarios. Y aquí

25 Ocasionalmente los cosecheros pueden trabajar “en yunta” -de a dos-, donde uno corta y el otro quiebra y embolsa. Esto sucede, generalmente, cuando el obrero lleva “ayuda” de su familia al yerbal. La mujer se encarga del trabajo de la quiebra y los niños amontonan y embolsan el producto.





VÍCTOR RAU

entramos ya en lo que corresponde a la modalidad del pago a destajo; decíamos que ella también obstaculiza el desarrollo de la solidaridad entre los obreros que intervienen en el mismo proceso productivo. Karl Marx señalaba al respecto que “el mayor campo de acción que el pago a destajo ofrece a la individualidad, tiende por una parte a desarrollar dicha individualidad y con ella el sentimiento de libertad, la independencia y el autocontrol de los obreros, y por la otra parte la competencia entre ellos mismos, de unos contra otros” (Marx, 1994: 677). En el caso yerbatero, aquel viejo obstáculo persiste y se deja ver. Ahora bien, si es cierto que de una parte la existencia del llamado “individualismo” como obstáculo se debe a estos dos últimos factores, y de otra parte se ve favorecida por la situación de aislamiento rural, cabe suponer que los niveles de solidaridad han podido experimentar algún incremento a partir de la urbanización que agrupa a estos trabajadores en los barrios obreros.

Obstáculos que se consolidan y nuevos obstáculos: los factores que bloquean el enfrentamiento corporativo

Otro de los obstáculos que acostumbra mencionarse son las mismas “dificultades y particularidades económicas con que tropiezan las explotaciones rurales pequeñas y medianas, consistentes en rentabilidad mediocre y en la incertidumbre sobre la formación de precios” (Luparia, 1973). Para el caso yerbatero, este obstáculo, lejos de haber sido removido, se halla especialmente presente en la actualidad. Hemos mencionado más arriba cómo los obreros esperan que un mejor precio del producto eleve de nuevo el pago que reciben por el destajo, cómo el descenso de este último pago aparece actualmente “justificado” por el deterioro de aquel precio. También decía Marx que, con frecuencia, “el obrero toma en serio la apariencia del pago a destajo, como si se le pagara su producto y no su fuerza de trabajo, y se rebela por tanto contra una rebaja de salarios a la que no corresponde una rebaja en el precio de venta de la mercancía” (Karl Marx, 1994: 681).

La contracara de lo mismo es que el obrero tiende a no rebelarse cuando la rebaja de salarios se corresponde con una rebaja en el precio de venta del producto.

Con ello tiene que ver otro factor que incide en el mismo sentido, aunque operando, por así decirlo, en menor medida por medio del con-



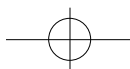
RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

senso y más coercitivamente: el “alto grado de desempleo” (Luparia, 1973). Resulta preciso recordar que en el caso yerbatero se trata de un obstáculo novedoso para la resistencia de los obreros. En Misiones, la mayoría de los *tareferos* conoce, por ejemplo, la práctica de los pequeños paros de cuadrilla y ha intervenido en ellos alguna vez. Ciertos autores han llamado “micro-resistencias” a estas prácticas de los asalariados agrícolas (Alfaro, 1999) que traspasan ya el umbral de las denominadas “formas escondidas de protesta” (Ortiz, 1999b) y se manifiestan abiertamente como acciones de resistencia colectiva en los lugares de trabajo. Se verifican cuando los cosecheros encuentran, en este caso, yerbales degradados, donde su labor rendirá un salario sensiblemente menor que la media de la actividad. Se niegan entonces, de conjunto, a cosechar mientras no se conceda un aumento en el precio del destajo que compense la menor cantidad de producto que podrán extraer individualmente durante la jornada²⁶. En el Sur de la provincia se habla todavía de estas prácticas como de algo que existe en la actualidad. En la zona Centro, en cambio, los obreros afirman que “ya casi no se hace” porque “después te largan” y “está difícil para conseguir otra vez” (notas de campo, Oberá, 2001). De modo que “sea lindo o feo (el yerbal) tenés que entrar” (notas de campo, Jardín América, 2001).

En el mismo sentido, puede considerarse que la inestabilidad laboral, tradicionalmente ligada a la propia forma del empleo transitorio, es un obstáculo (Luparia, 1973; Forni y Neiman, 1993) que tiende a consolidarse en el caso yerbatero, disminuyendo la capacidad de resistencia de los asalariados frente a sus empleadores. Ligado a ello, otro obstáculo que también persiste es el cambio constante de empleadores a través del cual la relación patrón-obrero adquiere una existencia efímera y una apariencia inconsistente para el asalariado (Luparia, 1973; Alfaro, 2000).

Con este último señalamiento nos hemos introducido ya, parcialmente, en el problema de las limitaciones que supone para la organización de la resistencia de los trabajadores la imposibilidad de identificar al enemigo en la lucha económico-laboral (Luparia, 1973; Alfaro, 2000). En este sentido, el factor más importante que opera, en el caso yerbatero, es la existencia de la intermediación laboral por medio del sistema de contratistas que, como hemos señalado, se ha difundido rápidamente durante los últimos años. Nos hallamos aquí

26 Rara vez estos pequeños conflictos se prolongan por más de unas horas. Tampoco es lo más frecuente que los yerbales finalmente queden sin cosechar.





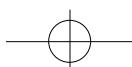
VÍCTOR RAU

en el extremo opuesto al vínculo paternalista: se trata de la ausencia total de relaciones entre el asalariado y el empleador (Dieguez Junior, 1967). En efecto, los cosecheros de yerba mate que trabajan dentro de este sistema sólo se relacionan directamente con su capataz de cuadrilla, este a su vez sólo trata con el contratista de mano de obra, y sólo este último trata con los patrones. Las más de las veces, los agentes de inferior jerarquía involucrados en los arreglos ni siquiera conocen quiénes son los que intervienen en los escalones superiores. En la práctica, la relación con el empleador efectivo de la fuerza de trabajo deja de existir por completo para los asalariados.

Las cuadrillas como unidades de cooperación laboral y bases organizativas para la protesta

Cuando en el punto anterior nos referíamos al estado de aislamiento y la falta de vinculaciones recíprocas entre los trabajadores del agro, contemplábamos la cuestión desde la perspectiva de su lugar de residencia. Si abordamos el mismo problema a partir de un enfoque sobre el lugar de trabajo, puede que en algunos casos la cuestión permanezca básicamente inalterada –como por ejemplo en el de los obreros que residen en el predio de las explotaciones–, pero en la mayoría de los casos el problema tomará una configuración muy diferente. Más todavía, son muy distintas las implicancias de las situaciones de concentración-aislamiento, de la presencia-ausencia de relaciones permanentes, cuando se dan en uno u otro ámbito. En principio puede afirmarse que las relaciones en su lugar de trabajo constituyen una base mucho más propicia para la emergencia de acciones colectivas de tipo sindical, comparada con los vínculos establecidos por los obreros en su barrio, por muy estrechos, sólidos y numerosos que puedan ser estos últimos.

Dado que corresponde a nuestro objeto ocuparnos exclusivamente de los cosecheros “semiocupados” con residencia urbana, veremos de qué modo se plantea el problema en esos casos. Habíamos visto cómo los pequeños paros o “micro-resistencias” en los yerbales –lugares de trabajo– se daban a nivel de las cuadrillas. El capataz es aquí el agente encargado de resolver los conflictos, él es quien conoce si el contratista accederá o no a un aumento en el precio del destajo –en la actualidad sabe que difícilmente acceda y que en lo sucesivo preferirá contratar a otra cuadrilla más disciplinada, por lo que tam-

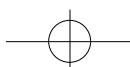


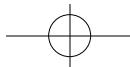


RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

bién él, si desea continuar trabajando, deberá contar con obreros más disciplinados. Como han señalado muchas veces los especialistas en trabajo agrario, los capataces de cuadrilla cumplen un rol ambiguo: por un lado, este agente se desempeña como un administrador de la gestión, asegurando la calidad y/o intensidad del trabajo, previniendo y resolviendo por su cuenta los problemas que pudieran aparecer; por el otro, aparece como una suerte de delegado sindical, llevando reclamos específicos de la base a la patronal. Puesto que intermedia de ese modo la relación, como intermediario “traductor” de las exigencias patronales y de las protestas obreras al mismo tiempo, se ha dicho que este agente funciona como un “amortiguador de conflictos” (Aparicio y Benencia, 1997). Se trata, típicamente, del individuo con mayor capital social y cultural (en el sentido de Bourdieu, 2000) dentro del grupo. Necesariamente cuenta con cierta capacidad de liderazgo y se halla unido a los miembros de su cuadrilla por importantes intereses comunes. En la cosecha de yerba mate, también él cobra a destajo. En esa etapa primaria del proceso productivo yerbatero, el capataz constituye el principal agente de la cooperación. Distribuye a los cosecheros en el espacio de las parcelas, organiza la dirección en que avanza cada uno de ellos, garantiza la homogeneidad del producto, determina cuándo acaba la jornada laboral, etcétera. Entre “su gente” se encuentran las más de las veces personas con las que mantenía ya algún tipo de relación previa, que puede consistir en lazos de parentesco, de amistad o en los vínculos establecidos dentro del vecindario. Estas relaciones funcionan al mismo tiempo, de una parte, como canales de búsqueda de empleo para los cosecheros y, de otra, como vías que permiten al capataz reclutar personal “de confianza”. Cuando las relaciones establecidas en el trabajo perduran a través del tiempo, además de constituirse vínculos más estrechos entre los miembros de la cuadrilla, la relación entre capataz y cosecheros puede también adquirir rasgos de paternalismo o de clientelismo. Muchas veces el capataz se siente “responsable” por “su gente” en un sentido bastante amplio, y no es extraño que estos acudan a él en busca de soluciones a problemas de toda índole.

Mencionamos estas características pues durante nuestro estudio, principalmente en la localidad de Oberá, hemos encontrado que muchos “jefes de carpa” o “punteros” habían sido también “jefes de cuadrilla” o “capataces” durante la campaña yerbatera; y que mucha de la que constituye “su gente” en la cosecha se hallaba entre los manifestantes concentrados en esas carpas. De más está decir que





VÍCTOR RAU

gran parte de las relaciones establecidas entre los agentes económicos durante el trabajo en la zafra se mantienen de uno u otro modo durante el período contraestacional y tienden a reactualizarse en la siguiente campaña. No debe sorprender entonces que los “jefes” de estos grupos de cosecheros sepan canalizar el impulso a la protesta de sus allegados también durante la contraestación, que aun fuera de la actividad productiva se asuman responsables de hallar soluciones para los problemas inmediatos que los afectan colectivamente, y que se presten a organizar la “traducción” de los reclamos que, en forma también colectiva, serán expuestos en el ámbito de lo público. Las carpas de polietileno negro, símbolos de protesta instalados al costado de las rutas cuando escasea el empleo, son las mismas que durante la zafra se afirman en el campo, al lado de los yerbales. Si bien entre las carpas de protesta existe algún contacto y los “punteros” garantizan cierto tipo de coordinación, básicamente cada una de ellas se organiza de forma autónoma. Así es que en un mismo sitio pueden existir varias carpas con sus propios “punteros” y sus respectivas ollas. Cabe aclarar al respecto que este fenómeno se verifica particularmente en las áreas cercanas a Oberá, donde se encuentran los mayores reservorios periurbanos de mano de obra, donde el sistema de contratistas se halla más desarrollado, y donde las protestas autónomas de los cosecheros se presentaron en forma más sistemática y de modo más recurrente.

El fenómeno nos advierte, sin embargo, acerca de lo inadecuado que resulta en este caso referirnos a la cuestión de la concentración-aislamiento, de la presencia-ausencia de relaciones permanentes entre los obreros en el “lugar de trabajo”. El problema del número escaso o abundante de trabajadores por establecimiento agrario, relacionado con las condiciones de posibilidad para la organización de acciones colectivas de protesta (Luparia, 1973; Boege, 1977), se aparta del caso que nos ocupa. Para estos trabajadores el lugar de trabajo es un paisaje fugaz, transitorio y contingente; lo que persiste es la cuadrilla como unidad de cooperación, que se compone de un número relativamente importante de obreros –alrededor de veinticinco o treinta cosecheros– a los que la actividad productiva agraria ha impuesto una determinada forma de agrupamiento y organización.

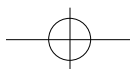


Conclusión

Los asalariados agrícolas yerbateros han venido demostrando una novedosa capacidad de movilización. En reiteradas ocasiones durante los últimos dos años los *tareferos* se han manifestado públicamente, han instalado ollas populares y se han concentrado en numerosas carpas de protesta en diferentes puntos de la provincia –Jardín América, Oberá, Campo Viera, San Vicente, entre otros. Se han movilizado junto a los productores y han resistido a las fuerzas armadas del Estado –Jardín América, abril de 2000. Se han organizado en forma independiente y se han dispuesto a chocar con los productores movilizados –Oberá y Campo Viera, mayo de 2000. Protagonizaron marchas de protesta –Oberá, junio de 2001, y San Vicente, octubre de 2001. Realizaron “cortes de ruta” –junto a los colonos en Jardín América, mayo de 2000; de forma autónoma en Oberá, octubre de 2001. Se movilizaron hasta la capital de la provincia –desde Oberá, en octubre de 2001.

Consideramos que han sido fundamentalmente dos los cambios producidos en la configuración del mercado de trabajo de cosecha que constituyeron las principales condiciones de posibilidad para ello: la migración del campo a las áreas urbanas y el avance de la modalidad de contratación “por cuadrilla” sobre la contratación individual de los cosecheros. Ambas transformaciones se aceleraron durante los últimos cinco años y han contribuido a estrechar y multiplicar las relaciones sociales existentes entre estos individuos que, efectivamente, “viven en idéntica situación”, “bajo las mismas condiciones económicas de existencia”, que comparten modos de vivir, intereses y toda una cultura propia; y que, habiéndose encontrado antes aislados unos de otros, aparecen ahora progresivamente vinculados en relaciones más o menos permanentes. El estrechamiento y el crecimiento numérico de estas relaciones se registra ya sea a partir de la participación en una cuadrilla cuyos miembros comparten día tras día ámbitos y procesos de trabajo, o bien a partir de la propia residencia al interior de un barrio poblado por familias de cosecheros.

Salvo en algunas coyunturas específicas –como por ejemplo en Oberá, Campo Viera y quizá en Jardín América durante el “Paro Verde”– no puede decirse que sus intereses específicos los hayan movido a oponerse “de un modo hostil” a sujetos sociales de otras clases. Antes bien, han tendido predominantemente a expresar su protes-



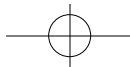
VÍCTOR RAU

ta en el ámbito de lo público, dirigiendo sus reclamos al conjunto de la sociedad civil y al Estado, sin mayores discriminaciones²⁷.

Hemos visto que en el conjunto de estas acciones aparecieron algunas demandas vinculadas a la actividad laboral específica que desarrollan los manifestantes –como cuando los obreros exigieron el levantamiento de la medida de fuerza impulsada por los productores, o cada vez que se expresaron por una elevación en el precio del producto. Digamos, en síntesis, que el modo en que estos individuos se identifican colectivamente en la protesta, las relaciones sociales en que se basa parcialmente la organización de esas acciones colectivas, parte de los elementos presentes en su discurso general y en sus reclamos puntuales, y un aspecto del modo en que intentan reproducir su existencia material, contribuyen a definir el carácter gremial del sujeto que se manifiesta.

Pero otra parte de esas condiciones, de ese discurso y de esos reclamos no se agota en la esfera gremial y sólo alcanza para definir al sujeto emergente en tanto proletarios desempleados en general, esto es, sin discriminación de oficio. Estos factores son precisamente los que provienen de su pertenencia actual a la sobrepoblación relativa. En situaciones donde el paro masivo ha resultado atribuible al carácter estacional que la naturaleza misma imprime a la zafra –esto es, fuera de los paros agrarios promovidos por los productores–, los *tareferos* tienden a centrar su protesta en la demanda de “pan y trabajo”. Esto es, en una demanda que lejos de quedar restringida al ámbito gremial resulta atribuible al proletariado parado en general. Vale aclarar en este sentido que, si bien son los *tareferos* los que demandan “trabajo”, el “trabajo” demandado no es necesariamente “la tarefa”, oficio que corresponde al cosechero de yerba mate. Tampoco sería atinado demandarlo en el período contraestacional. Se comprende que durante estos períodos los obreros reclaman “trabajo” en el sentido más amplio, sea este agrario, industrial, comercial, en servicios; urbano o rural; en el sector público o en el privado; etcétera. Cualquier empleo que les permita salir inmediatamente del pantano del pauperismo y la indigencia. En tales momentos se pone de manifiesto que esta sobrepoblación relativa estancada que propor-

27 Parafraseamos en este párrafo varios pasajes de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* utilizados por el autor para argumentar por qué el campesinado francés del siglo XIX no constituía una clase (Marx, 1995).

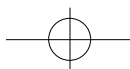


RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

ciona abundante fuerza de trabajo transitoria a bajo precio para la producción agraria regional constituye también una sobrepoblación relativa latente respecto de las necesidades del capital en general; de ese modo –latente– forma parte también del ejército industrial de reserva. Si se abrieran las compuertas del empleo urbano e industrial una gran masa de estos semiocupados agrícolas fluiría por ese cauce²⁸.

La dualidad que se expresa en el sujeto de estas acciones colectivas, como hemos sostenido, arraiga en una dualidad objetiva. Su estado de semiocupación involucra dos condiciones de actividad que se suceden alternativamente, esto es, una situación de ocupación y una de desocupación, que se hallan delimitadas en el tiempo con bastante claridad y se repiten regularmente como las dos partes de un mismo ciclo anual de reproducción. En la vida de los obreros, este ciclo aparece por ello dividido también en dos situaciones. En una parte, la reproducción parece hallarse medianamente garantizada a través de los ingresos provenientes de la asalarización. En la otra parte, no. De más está decir que estos proletarios agrícolas no dejan de formar parte de la sobrepoblación relativa cuando trabajan en la cosecha, ni sienten que han dejado de ser *tareferos* cuando ese trabajo se acaba y quedan a la espera del reinicio de la zafra para volver a acceder a un salario. Durante el período de cosecha reciben un salario que se encuentra por debajo de su valor, en tanto no alcanza para reproducir la fuerza de trabajo que el capital agrario utiliza año tras año. No obstante, el *tarefero* como sujeto colectivo protesta principalmente por hallarse parado. Su estado de miseria fluctuante no lo atribuye tanto a los magros salarios que obtiene como retribución por el trabajo enajenado, aunque percibe perfectamente que se trata de salarios de hambre; sienten, no sin razón, que peor aún es estar desempleado. Si bien las condiciones de venta de su fuerza de trabajo se han venido deteriorando en los últimos tiempos, es la existencia de períodos demasiado prolongados de absoluta desocupación la principal novedad que los golpea actualmente. En el mismo sentido, resulta particularmente importante recordar que las transformaciones recientes en el mercado de trabajo precisamente consolidaron el bloqueo de las posibilidades de emprender la organización espontánea

28 Durante nuestro trabajo de campo, siempre que hallaron oportunidad, los obreros nos preguntaban “cómo está la situación en Buenos Aires para conseguir trabajo”. Ninguno se sorprendía de la respuesta, conocían aproximadamente “la situación” en que se hallaban.



de acciones de resistencia en el terreno laboral; y que la institución sindical que representa formalmente a estos trabajadores ha venido mostrando una relativa pasividad en este sentido.

Sin embargo, no por salirse del terreno laboral y plantearse en el ámbito de lo público las protestas dejan de tener un contenido estrictamente económico. Hemos dicho que la lucha económica de los obreros que se desarrolla hasta adquirir cierta sistematicidad se propone obtener mejores condiciones para la venta de la fuerza de trabajo y elevar el nivel de vida para los asalariados. Claro que en este caso las reivindicaciones parten del punto más bajo.

En cuanto a las condiciones de vida, sólo demandan “pan”, es decir, la disposición de alimentos que permitan reproducirla; en cuanto a las condiciones de venta de la capacidad laboral, sólo demandan poder venderla; en segundo lugar, sólo indirectamente, demandan poder venderla a un mejor precio.

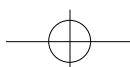
Bibliografía

- Abínzano, Roberto 1985 *Procesos de integración en una sociedad multiétnica: la provincia argentina de Misiones*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla (inédito).
- Abínzano, Roberto 1996 *Fronteras, frentes y trabajo: una mirada al pasado y al futuro desde la subcultura regional* Vol. I. (Ijuí: Anais).
- Alfaro, María 1999 “Los espacios para la negociación laboral en la citricultura tucumana: Actores y estrategias” en Revista *Estudios del Trabajo* (Buenos Aires), N° 18.
- Alfaro, María 2000 *Los trabajadores rurales en un mercado de trabajo moderno: las condiciones para la construcción de la protesta social* (inédito).
- Aparicio, Susana y Benencia, Roberto 1997 *Empleo rural en la Argentina. Viejos y nuevos actores sociales en el mercado de trabajo* (Buenos Aires: Seminario Empleo rural en tiempos de flexibilidad).
- Aparicio, Susana, Giarracca, Norma y Teubal, Miguel 1992 “Las transformaciones en la agricultura: El impacto sobre los sectores sociales” en Sautú, Ruth y Jorrat, J. (comp.) *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social agraria* (Buenos Aires: Paidós).
- Barsky, Osvaldo y Gelman, Jorge 2001 *Historia del agro argentino* (Buenos Aires: Grijalbo Mondadori).
- Bartolomé, Leopoldo 2000 *Los colonos de Apóstoles* (Posadas: Editorial Universitaria de Misiones).



RURALIDADES LATINOAMERICANAS. IDENTIDADES Y LUCHAS SOCIALES

- Belastegui, Horacio 1994 "La protesta agraria de Oberá de 1936. La aplicación de la Ley de Residencia y los problemas del Tabaco" en *Estudios Regionales* (Posadas), Nº 3.
- Boege, Eckart 1977 "Acerca de la organización laboral y política de los trabajadores asalariados del campo" en *Revista Mexicana de Sociología* (México), Nº 3.
- Bourdieu, Pierre 2000 *Poder, derecho y clases sociales* (Bilbao: Desclée de Brouwer).
- Cafferata, Agustín, De Santos, Carlos y Tesoriero, Gustavo 1974 "Formación y desarrollo de las estructuras agrarias regionales: Misiones" en *Diagnóstico de la estructura social de la región NEA* (Buenos Aires: CFI).
- Carri, Roberto 1973 *Isidro Velásquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* (Buenos Aires: 25 de Mayo).
- Diéguez Junior, Manuel 1967 *Establecimientos rurales en América Latina* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Echeverría, Mirta 1985 "Reclutamiento y fijación de la fuerza de trabajo en los yerbales de Misiones, 1900-1943" en *Cuadernos de Historia Regional* (Buenos Aires: EUDEBA), Nº 2.
- Flood, Carlos 1972 *Estudio de la mano de obra transitoria en la provincia de Misiones* (Buenos Aires: Ministerio de Agricultura y Ganadería).
- Forni, Floreal Neiman, Guillermo 1993 "Trabajadores y sindicatos agrarios en Argentina" en Moreno, Omar (comp.) *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina* (Buenos Aires: Legasa).
- García, Antonio 1973 *Sociología de la reforma agraria en América Latina* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Golsberg, Celeste 1999 *El Movimiento Agrario Misionero en un escenario en transformación* (inédito).
- Hobsbawm, Eric 1974 *Rebeldes primitivos* (Barcelona: Ariel).
- Huret, Jules 1986 *De Buenos Aires al Gran Chaco* (Madrid: Hyspamérica).
- Jaume, Fernando, Villar, Carlos, Urquiza, Yolanda y Sintés, Lila s/f *Notas sobre la historia de Misiones. El proceso de constitución de la región histórica* (Posadas: UNAM/CONICET).
- Kautsky, Karl 1989 *La cuestión agraria* (México: Siglo XXI).
- Klein, Emilio 1985 *El impacto heterogéneo de la modernización agrícola sobre el mercado de trabajo* (Santiago: PREALC).
- Lenin, Vladimir 1988 *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* (Buenos Aires: Anteo).
- Luparia, Carlos 1973 *El grito de la tierra. Reforma agraria y sindicalismo* (Buenos Aires: La Bastilla).
- Margalot, José 1994 *Geografía de Misiones* (Buenos Aires).
- Marx, Karl 1994 *El Capital. Crítica de la Economía Política* (México: Siglo XXI).



VÍCTOR RAU

- Marx, Karl 1995 *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Montevideo: De la Comuna).
- Mascali, Humberto 1986 *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)* (Buenos Aires: CEAL).
- Niklison, José 1914 "Informe sobre la investigación realizada en el Alto Paraná" en *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (Buenos Aires: DNT).
- Ortiz, Sutti 1999a *Harvesting coffee, bargaining wages. Rural labor in Colombia, 1975-1990* (Michigan: University of Michigan).
- Ortiz, Sutti 1999b "Los mercados laborales a través del continente Americano" en Benencia, Roberto y Aparicio, Susana (comp.) *El empleo rural* (Buenos Aires: La Colmena).
- Quiroga, Horacio 1994 "Los precursores" en *Los desterrados y otros cuentos de la selva* (Bogotá: Ancora).
- Rocha, Ángel 1991 *La sindicalización rural: los estímulos y las limitaciones para su desarrollo* (Montevideo: CIEDUR), Serie Seminarios y Talleres, N° 43.
- Schiavoni, Gabriela 1995 "Gestión doméstica y capitalización de pequeñas explotaciones: los productores de la frontera agraria de Misiones (Argentina)" en Trincherro, Hugo (comp.) *Producción doméstica y capital. Estudios desde la antropología económica* (Buenos Aires: Biblos).
- Torres, Eduardo 1999 *Cosechas de injusticias* (Asunción: Arandurá).
- Villar, Carlos, Curtino, Tise y Fernández, Ana 1992 *Estrategias productivas y transformación agraria: los productores tealers* (Posadas: UNAM-CONICET), Documentos de trabajo PSIPAD, N° 12.

Otras fuentes

- Actas de Asamblea, Actas Acuerdo y Comunicados de prensa* (Misiones) de abril de 2000 a noviembre de 2001.
- ARYA *Memoria y balance general* (Posadas), varias ediciones anuales.
- Entrevistas y Notas de campo* (Misiones) de marzo de 1999 a noviembre de 2001.
- INDEC 1988 *Censo Nacional Agropecuario* (Buenos Aires).
- INDEC 1991 *Censo Nacional de Población y Vivienda* (Buenos Aires).
- INDEC 1990/2000 *Índice de Precios al Consumidor* (Buenos Aires).
- Ministerio del Agro y la Producción de la Provincia de Misiones 1990/2000 *Yerba Mate. Precios promedios mensuales* (Posadas).
- Periódicos: *El Territorio, Primera Edición* y *Misiones OnLine* (Posadas), varias ediciones del año 2000 y 2001.